



Puertas abiertas... a mis sentimientos.

Autor: Ramón Freire Gálvez

Autor ilustraciones interiores: Ramón J. Freire Santa Cruz
Écija. Cuaresma, marzo 2019.

Durante muchos años, a medida que iban ocurriendo en mi vida diversos hechos, unos vividos personalmente y otros que habían acaecidos y conocidos a mí alrededor, a mi forma, olvidándome, en algunas ocasiones, de la combinación rítmica, así como de la métrica en los mismos, pretendiendo única y exclusivamente transmitir los sentimientos y visiones personales que de dichos hechos sentía o percibía, decidí pasar al papel los mismos, algunos en forma de poemas, con mayor o menor musicalidad y con mayor o menor profundidad y otros, como relatos, que solamente pretendían contar el conocimiento de algunos hechos, los sentimientos de quienes eran actores de los mismos, y que aún pudiendo no ser reales y estar impregnados de cierta fantasía, no están lejanos de su ocurrencia verdadera.

Quizás para comprender el significado de mis poemas y relatos, sería necesario explicar un poco mi propia vida personal y el desarrollo de la misma, que no cabe duda, han sido pozo en el que descansaban las aguas de donde han brotado mis manifestaciones, más o menos poéticas y prosísticas.

Yo me críe y viví en un humilde barrio ecijano, como muchos de mis conciudadanos, concretamente en la calle Zamoranos, una calle, donde la mezcla de las razas gitanas y castellana, convivían perfectamente sin tener en cuenta el color de la piel. Era una calle de puertas abiertas –como casi en todos los barrios por aquel entonces-, décadas años 1950-70, donde la solidaridad, para ejercerla, no necesitábamos que nos fuere explicada, barrio, donde uno permanecía más tiempos entre sus calles que en la propia casa, ajenos a los peligros que hoy, por desgracia, nos han hecho temerosos e insolidarios. Pues bien, en ese barrio y en esas sus calles, jugué y recibí mis primeras clases, realicé mis primeras travesuras y donde mi padre regentaba una pequeña tienda de comestibles, en la que no había horario ni días festivos marcados para su apertura y cierre; tienda, en la que por mi ayuda a mi progenitor, permanecía las horas que mis obligaciones y vacaciones estudiantiles me permitían y en la que fui testigo de vista y oído, de muchas ocurrencias, de situaciones agradables y menos agradables, de amores y desamores, etc. etc.

Posteriormente, cuando el amor llamó a mis puertas, poco antes de cumplir 18 años... enamorándome locamente de una ninfa a la que sigo recordando como si fuese ayer, morena, melena larga y sedosa, vestidos donde predominaba el color amarillo, la sonrisa permanente por boca, ojos profundos y radiantes y sin cumplir 16 años... en más de una noche, que esos sentimientos me dejaban en vela, brotaron en mí interior sentimientos poéticos hacia la ninfa maravillosa a la que ya amaba.

Unido lo anterior, a que por razones de profesión, me tuve que marchar del lado de mis padres y mis seis hermanos, así como del amor de mi vida y por ende de Écija, la tierra que me vio nacer, aquellos sentimientos amorosos se extendieron al amor que a mi tierra, una vez fuera de ella, sentí que le tenía, comprendiendo entonces el ansia en volver de todos aquellos vecinos de mi barrio, que por una u otra razón, tuvieron la obligación de marcharse en busca del sustento diario, emigrando desde esta bendita tierra a otras dentro y fuera del territorio español, entendiendo esa añoranza y lágrimas que dejaban impresas, no sólo en las cartas que a sus familias enviaban y que, por su escasa instrucción, las hacían llegar a mi padre o a mí, para que le diésemos lectura, sino también, en las esporádicas visitas que algún miembro de sus núcleos familiares, hacían desde el lugar donde estaban trabajando y viviendo, a esta tierra nuestra que los vio nacer y donde pasaron, desde su infancia, parte de la vida que ahora la tenían a muchos kilómetros de ella.

Con el transcurso y discurrir de los años, junto con mis ansias de saber más de todo, después de haber permanecido más de cinco años fuera y separado de los míos, con más frecuencia de la que uno en su interior deseaba, como otros muchos, decidí formar una familia, lo que hice casándome con 24 años junto a mi joven amor de toda la vida que tenía 22 y mis sentimientos poéticos fueron aumentado, no sólo hacia mi amada y amante, sino a mis hijos y hoy, ya abuelo desde que tenía 53 años, a mis nietos.

Pero en esos sentimientos que fluyen desde mi interior, están igualmente rodeados por los de la advocación a la que me llevaron mis padres y que hice mía voluntariamente, sin obligación alguna, porque me declaro creyente y seguidor del Hijo de Dios hecho hombre, sin tapujos y respetando la opinión y creencia que tenga todo aquel que vive no sólo junto a mi, sino alrededor también, ya sea en mi familia, trabajo o amistades; sentimientos que igualmente han tenido acogida en algunas de mis expresiones poéticas o prosísticas.

El amor a la naturaleza, al toro y al caballo –como animales bellos que forman parte de esa naturaleza-, también es parte de mis vivencias y por ello algunas de mis manifestaciones, están relacionadas con su hermosura.

Quizás estas expresiones literarias podrían haber visto la luz mucho antes... muchas veces mis hijos, sin saber lo que tenía escrito, excepción hecha de mi primera publicación que fueron *"Siete cortos relatos"*, me han invitado a hacer algo distinto que el investigar y publicar sobre la historia de

Écija y de algunos personajes célebres que nacieron en la misma..., pero, ya fuere por una u otra causa, que, sinceramente, lo desconozco, no lo hecho hasta ahora, sin saber tampoco el motivo del porqué de esta decisión.

Yo creo que todo está señalado en el calendario que existe como prólogo del libro de la vida de cada uno. Quizás en el mío, esté escrito que sea ahora el momento, que coincidiendo en el tiempo con que mis tres hijos, María del Pilar, Ramón José y Carmen María, junto con mis tres nietos, Sergio, Jesús e Ignacio, en plena infancia, estuviese marcado que fuese ahora, el señalado para abrir las puertas a mis sentimientos.

Por todo ello y como encabezamiento de cada poema, me he permitido dejar impresas unas líneas, explicando el por qué de su creación, sin que lo haya creído necesario en cuanto a los relatos, pues entiendo que de su lectura, se comprenderá el sentimiento que me ha movido a su redacción. No espero grandes elogios, ni dejar sentada "cátedra" alguna con sus contenidos, sólo deseo expresar algo que he sentido y siento, y que otros, tanto hombres como mujeres, hemos vivido o conocido y que, por una u otra causa, no lo han dejado escrito.

Pero lo anterior, estaba escrito desde la primavera del año 2014, pero por una causa y otras, no ha podido ser publicado.

¿Qué ha ocurrido ahora, para que me decida a darlo a la luz pública?

Pues ni más o menos, que en el mes de julio de 2017, me detectaron un tumor en el cráneo y después de tanto escribir, sobre mi pueblo y ecijanos ilustres, no podía dejar de dar a la luz (gratis y por medio de internet y demás redes sociales) mis sentimientos, ahora que me encuentro recuperado; por ello que me he lanzado a su envío, sin prólogo, ni presentación, sin red que me ampare, a título descubierto, una vez que está a punto de cumplirse dos años del aquel gran susto y gracias a Dios, mi corazón sigue latiendo.

Y por la colaboración que todos los ecijanos me han prestado a cuento publiqué hasta ahora, este libro lo voy a regalar (como hago con otras colaboraciones desde hace más de cinco años), como un regalo a su fidelidad, por medio de internet, colgando este libro en las web de *Ciberecija* y *Página de un ecijano*, para que todos recuerden que el libro de mis sentimientos, fue en pago de una deuda que yo tenía contigo, ecijano o no y amigo y seguidor, porque no solo me sigues desde siempre, sino que tu preocupación por mi enfermedad, no era distinta a la de mi propia familia, así que, como ahora no tengo nada que me lo impida, vamos al toro, al caballo,

al sentimiento, a mi barrio, a mi pueblo, a mis santos, a mi familia, a mi mujer, a mis hijos, a mis nietos, y... a todas otras cosas que he amado y amo en mi vida. 5

Miércoles de Ceniza, 6 marzo 2019
Ramón Freire Gálvez.

Amores y desamores...

A pesar de vivir ambos muy cerca - sólo nos separaba una calle-, no la había visto nunca, pero el día que ello ocurrió, no me pregunté ni la edad que tenía, sólo supe que un fuego interior me abrazaba cada vez que la veía y cuando no era así, en esa calle que sólo nos separaba, pensé que era la calle del amor ausente. Con el transcurso de los años, el tener que marcharme de su lado y otra serie de circunstancias que concurrieron en nuestra vida, dio lugar a que, en muchas noches, soñara despierto por su ausencia y dejara impresos estos sentimientos amorosos, unos con más alegría, otros llenos de melancolía, pero en todos, la huella de mi sinceridad amorosa. Hoy, que sigo a su lado, digo: ***Quien no se haya enamorado nunca, deberá preguntarse si tiene vida en su cuerpo.***

LA CALLE DEL AMOR AUSENTE

7

Tu joven cuerpo dispuesto a amar,
mientras yo, espero en solitario
sobre el umbral de mi soledad
calmar mi, o ¿y tu?, ansiedad,
¿o acaso son pasajes de mis sueños
lo que me hace así pensar?.

Me imagino tu silueta
por donde sueles pasear,
desatándose mis anhelos
por no poder de ti gozar,
mas todo queda en eso,
en anhelos que no logro serenar.

No puedo frenar mis deseos,
sintiéndome caballo desbocado
trotando sobre praderas de nubes
que mi pasión ha creado,
en lucha con mí otro yo
que tampoco se siente amado.

¿Cómo podré conseguir su amor?
le pregunto al viento,
que me trae su perfume
a la veleta de mis sueños,
pero ni el viento me contesta,
dejándome como loco sin razón.
Yo, que soñaba ser amante
de la juventud que acoge
tu hermoso cuerpo,
veo marcharse mis anhelos
sobre la cabalgadura
de la distancia que nos separa,
quedándome solo el refugio
de mis propias ilusiones
vagando por la mente,
y el deseo de volverte a ver pasear
por la calle de mi vida,
llamada: "Calle del amor ausente".

Sueño con nuestros corazones en sombra
caminando por el negro recorrido de la noche,
amaneciendo en lágrimas
sobre el verde de la hierba,
despertando a la primavera
cuando contemplo la foto con tu imagen,
como faro encendido
sobre la mar de mis sueños.

Sueño que nos esconderemos juntos
porque nos persiguen las hojas,
dejándonos prender por la noche
con sus palabras dulces,
viendo llorar a la luna
en la transparencia del agua
hasta que brote el alba,
dejando tu soledad y la mía
en el fondo del estanque
presa de sus fuentes.

Por la ausencia de tu presencia
deseo un corto sueño,
ocultando mi dolor íntimo
para que la angustia me alivie,
viendo tu cuerpo en mi cuerpo
por el sueño que los sostiene.

Sin tu cuerpo entre mis manos
murmuro en el silencio,
dejando paso al llanto,
que retumba en el viento
por mi incontenible soledad
ante el amor dejado atrás.

Es tu corazón al que llamo
con temblores de recuerdos,
en él sembré mis sentimientos
como un cierto modo de amar,
pues no quiero seguir llorando
al ver tu cuerpo en mis sueños pasar.

Mi corazón se ha quedado sin ojos
de la ausencia en que vive,
dormido, porque no hay luna,
sin paz, por tu ausencia,
recogiéndose en el eco
de mis propios lamentos.

¡Ven pronto corazón si has de llegar!
y pueda yo gozar sintiendo
la noche en paciencia,
viendo la luna que, entre nubes,
el viento enreda
sobre el espejo del río.

Prefiero ver las estrellas
que han salido de paseo,
llevándose en sus silencios
el dolor que siento por
no poder estar junto a ti,
perdiéndose mis penas
entre el despertar de mis sueños.

Igual que en el olvido
tu presencia está en mi orilla,
brillando sobre tus labios
aquellos besos,
que los míos nunca olvidan,
al ser labios de una rosa
que mis desmayos salvan,
humedecidos con el rocío
en el final de la madrugada.

Quiero amada mía
decirte lo que siento,
pero intento escribirte
y no puedo hacerlo.

Tras la ventana, miro
y solo veo distancia, cielo, y
algunos pájaros que vuelan
en busca del sustento.

¿Por qué esta condena
sin haber cometido delito?,
cuando todo lo que he hecho
ha sido querer a un rostro bonito.

Deseo más que nunca
que pasen los días,
para que llegue pronto
el verano que nos unía,
mientras sigo aferrado a tu risa,
a tus palabras de amor,
añorando vida mía
el encuentro al pie del farol,
donde en la arena de su playa
dejamos grabado un corazón.

ENCADENADOS

11

Día tras día, uno junto al otro,
noche tras noche, separados,
cuando a la luz somos dos locos
al amor encadenados,
contándote con mis besos
que de tu cariño sigo necesitado,
deseándote como el río al agua
y como la flor al tallo,
dándome miedo la noche
que me trae sombra y desmayo,
porque puede romper las cadenas
de nuestra pasión y dejar de amarnos.

Veinte años unidos
por bellos lazos de amor,
fundidos por el destino
que nos envolvía a los dos,
con noches apasionadas,
noches de loco amor,
noches, mi bella amada.
que fueron y son, noches de pasión.

Me gusta contemplarte
como a su obra el escultor,
esculpiendo con los ojos
la figura de tu amor,
al tiempo que pido silencio
cuando miro a las estrellas
y volando por el universo
te hago mi luna llena.

Quiero ser fina sábana
que envuelva tu cuerpo
y al clarear de la mañana
volverte a amar despierto,
con amor desbocado y sincero,
sin engaños ni desconsuelos,
queriéndonos al unísono
como el campo quiere agua del cielo.

BLANCAS NOCHES

La noche es final,
la noche es amar,
la noche es decir:
mañana Dios dirá.

La noche es ver faroles
que alumbran a parejas de enamorados,
faroles anunciando
que el sol se ha retirado.

La noche es decir
que el día ha terminado,
aunque mi noche es blancura
en la noche de mayo,
sin que sea triste mi noche
cuando tu estás a mi lado,
andando entre la noche
como locos enamorados,
contando las estrellas
de la noche en cielo estrellado,
al ser mi noche más bella
con su luna alumbrando,
por ser la blancura de mi noche
testigo de besos robados.

Noche clara y blanca
con su luna en el cielo,
siendo loca mi noche
que se me escapa sin quererlo
y, aunque la noche es final,
mi noche no es inconsuelo,
porque mi noche es decir:
mañana también te quiero.

En una de aquellas tardes que ayudaba a mi padre en su pequeña tienda de comestibles, supe que el amor no tiene edad. Un joven del barrio, que todavía no tenía los veinte años, se había enamorado locamente de una mujer que le doblaba la edad y esta le correspondía. Quizás, en una urbe más grande, este episodio se hubiese quedado reducido al entorno familiar, pero en el barrio donde vivían ambos personajes, que era el mío, aquello era una tragedia digna de encuadrarse dentro de un pasaje de la mitología griega, pues era un drama, no sólo para dichos enamorados, sino para la propia familia. Hoy, esa situación, puede considerarse por la sociedad algo tan liviano, que quizás no sea digno ni de referirse, pero yo, desde entonces, a pesar de mi poca edad en aquel momento, comprendí, que es muy difícil enjuiciar los sentimientos de los demás y mucho más, los derivados de una pasión amorosa.

NO TENGO EDAD

Muchos años son los que nos separan
provocando murmullos en las gentes
quienes hacen criticas despiadadas
con sus miradas indecentes.

Amigos que ya no quieren
conmigo tener amistad,
ellos no entienden mi amor
hacia una mujer de más edad.

Siento temor por llegar a mi casa,
la misma frase siempre,
no tienes edad para "esa"...,
esa mujer tan alegre.

Alegria le llaman a tu amor,
deben estar ciegos,
sólo unos años más mayor que yo
y no entienden mis desvelos.

De ti todo lo he aprendido,
amor y vida con sentido,
cuando antes deambulaba perdido
ahora, por mi amor, vivo dividido.

Difícil la elección que tengo
que no me deja sosiego ni paz,
de un lado, mi casa,
de otro, mi felicidad.

Ninguno tenemos culpa
de la diferencia de edad,
sólo los que no saben amar
dan la espalda a mi realidad.

¿Cuántos años necesito
para poderte amar?,
me lo pregunto a diario
sin poderme contestar.

El machismo que ha impregnado y que por desgracia aún sigue, en nuestra sociedad, ha sido causa de muchas deslealtades, y si bien las mismas no llegaban a materializarse por el que dirán, lo cierto es que sentimentalmente, nada unía a muchas parejas, sólo, el mantener su triste apariencia ante la sociedad que le rodeaba, pero cuán difícil resultaría a las mujeres saber que sus esposos, a los que se unieron por amor, llevaban una doble vida amorosa, máxime, cuando la propia sociedad en la que vivían, esa doble vida, la contemplaban y aceptaban, como un acto más de ese machismo egoísta y falto de valentía. La excepción que confirma toda regla, es lo contrario, y entonces, cuando el hombre se ve y se siente abandonado o traicionado, su soledad se hace más intensa y melancólica que en la mujer, viéndose y sintiéndose presa del murmullo de esa sociedad que, en esos casos, es despiadada e insultante. Pero igualmente, aquella sociedad anquilosada y llena de prejuicios hipócritas, tampoco entendía que un hombre o una mujer, pudieran rehacer su vida, un tiempo después de haber sido cubiertos por el velo negro de la muerte, al entender que perder su viudedad, era patrimonio sobre el que dicha sociedad debería decidir.

DOBLE VIDA

Cada día es mayor la distancia
que solo cubrimos con las apariencias,
tu, lo haces por ti,
y yo, lo hago por mi decencia.

No se lo que es tu amor,
ya no tengo tu dulzura,
diez años llevamos casados
y cinco han sido de sepultura.

Cuántas veces me marché
para no volver jamás,
pero el amor a mis hijos
siempre me hacía regresar.

Me pregunto si somos muchas
las que soportamos esta crueldad,
para nosotras, caras largas,
para las amantes, felicidad.

No te importe cambiar de casa,
márchate sin temor,
yo le explicaré a tus hijos
que llevabas doble vida sin amor.

EL ESPEJO

Que tristeza me embarga
cuando pienso en ti,
por muchas cosas que hago
no consigo olvidarte de mi.

Todavía recuerdo aquel beso
que nos dimos en el jardín,
no tendrías dieciocho años
y ya sabías hacerme feliz.

Cada vez que miro al espejo
te contemplo frente a mi,
lo limpio a besos,
pero tu, sigues allí.

Es mi único consuelo,
el viejo espejo francés,
desde que te fuiste,
en él te veo una y otra vez.

Triste esperanza es la mía
al creer que volverías a por él,
cuando ya he tenido noticias
de tu estancia en Argel.

Cárcel de amor es la que tengo
por querer a una mujer
que se alejó de mi vera
por un marinero marsellés.

Solo pienso al contar los años
lo feliz que fui a tu lado,
volviendo la mirada al espejo
y veo que de ti sigo enamorado.

Que dura es tu venganza
hacia este loco cuerdo,
mil pedazos al espejo haré!
para que no me maten tus recuerdos.

Lo veo y no lo creo,
tantos años amándonos,
pensando que tu amor era sincero
y ahora, veo que era traicionero.

Me da asco cuando recuerdo
que mi amor te hacía vibrar,
al tiempo que me pregunto
¿si no era tu amor irreal?

No puedo entender
que compartan tu dulzura,
cuando yo creía ser el dueño
de tu belleza, belleza impura.

Siento odio hacia ti
porque yo todo te lo di,
desde mi amor de adolescente
hasta las noches sin dormir.

Eras la brújula de mis vientos,
el andar de mi caminar,
viendo sólo por tus ojos
queriendo solo contigo amar.

Ahora, me siento traicionado
al haberlo descubierto,
quedándome solo odio y dudas
por ignorar su comienzo.

Poco me importa el futuro
al tenerme intrigado el pasado,
que desconsuelo siento
al verme engañado!.

¿Por qué, no es engaño tu decisión?
al no concebir me hayas amado
traicionando mi puro amor
con tu pensamiento en otro lado.

En conjunto y por separado,
¿cuántos amores habrás dado?.
Que mas da, imárchate de mi!
que me siento traicionado.

Presos del amor fuimos,
tu del tuyo, yo del mío,
por eso, cuando nos vimos,
a ambos nos faltaba lo mismo,
sabiendo que nuestra soledad
había sido cosa del destino.

Tres años sintiendo
con corazones en desvarío,
presos de cadenas muy fuertes
que sujetaban los vecinos
con miradas tras las ventanas
del barrio donde vivíamos.

Tu, a tu amor y yo al mío
habíamos perdido, y
aunque en sus vidas
tuvimos amores sentidos,
qué podíamos hacer
ante los ojos críticos.

Sin hablarnos siquiera
nos pusimos de acuerdo,
al ser yo cautivo de tu amor
y tu presa del mío,
escapando juntos del pueblo
donde hemos vivido
como esclavos sin cadenas
que no dejaban sentirnos,
marcados solo por las miradas
hacia el negro luto recibido.

Testimonios...

De pequeño, a mi abuela Carmela, en más de una ocasión, le escuchaba contar el dolor tan grande que sintió, cuando a su primer hijo, que no llegaba a los dieciocho años de edad, por culpa de una incivil guerra entre los propios españoles, fue llamado a ella. Después, a ese su primer hijo, mi tío, le escuché relatar, más de una vez, algún pasaje de las penurias padecidas. Pero ya un poco más mayor yo, y habiendo conocido otros testimonios de quienes padecieron igual dolor y ausencia, padres y novias, llegando incluso algunos a perder a sus seres queridos y amados, me imaginé los pensamientos que aflorarían en el trayecto de vuelta, una vez finalizada la contienda, dentro de un destortalado y lento vagón del ferrocarril, de cualquier joven que, como mi tío, en la flor de su vida, fue obligado a marchar para luchar, sin saber un por qué.

Toda la noche despierto
para no perder el tren,
nervioso, inquieto, loco
por volverte a ver,
tras cuatro largos años
que hacen desde la última vez,
recorriendo toda España
sin saber un por qué.

Tristes guerras inciviles
que separa a los seres queridos
con victorias inútiles
y muertes sin sentidos,
sin ganadores ni vencidos,
donde todos quedamos hundidos y
en la que los malditos cuatro años,
que siglos me han parecido,
en mi vida doy por perdidos.

Las cartas que no llegaban
con sus besos se perdían,
si bien las pocas que recibía
me daban esperanza al gran día.

Por fin todo ha terminado,
ahora a empezar de nuevo,
aunque eso si, sigo enamorado
como pájaro en celo.

Poco camino ya queda,
queriendo un tren con mas prisa
para que la tristeza de mis ojos
pueda perderla con tu sonrisa,
si bien te pido que no vayas a llorar
pues me rompería el alma;
cuatro años sin tu amor
han sido muchos días sin calma.

Quiero que sepas voy a tu encuentro
sin flores ni regalos,
como un personaje siniestro
tras una triste guerra con duelos,
que en sus cuatro años dejaron
a madres y amores en desconsuelo,
por una incivil guerra
que, todavía hoy, no entiendo.

Los cinco años que estuve, por razón de mi trabajo, viviendo en Málaga, en muchas ocasiones iba a la playa, buscando esos rincones donde los pescadores, junto a sus pequeñas barcas de envejecidas maderas, aderezaban sus redes para, cuando llegara la noche, salir en busca del sustento de su familia. Hombres, que en su rostro tenían marcadas las huellas del sol y el agua, y dueños de aventuras que, en algunas ocasiones, habían terminado en triste duelo. Junto a ellos correteaban muchos niños que, de mayores, ansiaban seguir las huellas de sus padres, aunque estos no lo desearan, porque sabían de la inmensidad de mar y el color negro de la muerte que en algunos momentos tenía, se llame como se llame dicho mar.

Ocurrió cuando tenía siete años,
el padre, como siempre, salió a la mar
y el niño, su hijo, sentado en la orilla
esperaba cada día su regresar.

Su vista quedaba perdida en la mar,
día tras día esperando
que las olas trajeran el barco
donde marchó su papá.

No faltaba a la cita ningún día,
sabía que volvería de la mar,
su paciencia era infinita
y a su padre tenía que esperar.

Madre, le decía, no llores mas,
padre pronto volverá de pescar,
pues si lloras, tus lágrimas azules
harán mayor ese mar.

El nuevo día ha amanecido
y puede ser que hoy la mar
acerque hasta la orilla
lo que no se debió llevar.

Uno de los muchos días
vio algo que traían las olas del mar,
puede que sea el barco de mi padre, dijo,
que consiguió escapar.

Al despertar del sueño
se dio cuenta que no era realidad,
que su padre salió de pesca
sin quedar preso de la mar,
pero el niño de mi poema
seguirá sentado a la orilla del mar,
para no dejar de vigilarle
por si el sueño fuere verdad.

Una y otra vez la vista fija en el horizonte, sin olvidar por un instante la llegada de las olas a la orilla, por si acaso trajera en el caminar ondulante algún mensaje del barco donde mi padre, como en otras tantas ocasiones, había salido de pesca. Había nacido en la mar y para el mar, como la mayoría de los que ahora eran hombres del pequeño pueblo marinero, besado al Oeste por las aguas del Atlántico. Era un mar lleno de penas y alegrías, autor de negras escenas que de tan triste color había cubierto, en más de una ocasión, a las madres y mujeres de los pescadores, pero también, en su permanente convivencia con el blanco de la cal que cubría las paredes de las casas, regalaba satisfacciones a los rostros expectantes que se agolpaban sobre el vetusto puerto, cuando las gaviotas de plumajes nevados, pintados de suaves tonos gris perla, anunciaban, volando alrededor del barco, el regreso victorioso del mismo.

Por ser muchas las veces que se repetía la escena, no dejaba en cada ocasión de ser distinta. Los abrazos de los pescadores a sus familiares me parecían cada vez más eternos, como si la alegría del regreso a puerto fuese subiendo de intensidad a medida que los años marcaban sus muecas en el rostro quemado y rugoso de los que llegaban.

Muchos eran los días con sus noches que luchaban contra el mar para arrebatarle del interior de sus entrañas a miles de seres que, para mí, nacido y criado en el casi siempre rostro angustiado de mi madre mientras transcurrían esos días y noches, me parecían monstruos planos de grandes fauces, deseosos de engullirse a quien osara perturbar el reino donde vivían.

Pero lo que para mí era una rutina casi diaria, quedó rota un triste día de Noviembre, cuando al llegar del colegio encontré a mi madre con lágrimas que discurrían por su bello rostro, mientras encendía lamparillas que flotaban sobre el aceite de una taza, ante una estampa grande que, de la Virgen del Carmen, tenía en lo alto de la vieja cómoda de su dormitorio.

En el cuarto contiguo que servía de comedor, desde donde, a través de una ventana, se veía el mar, sobre una pequeña mesa adornada con un pañito de croché, laborado por mi madre en sus largas y desveladas noches, una radio ovalada que tenía el volumen a mayor potencia que en otras ocasiones. De pronto vinieron a mi memoria idénticos paisajes, aunque la candidez de mi edad no me había permitido en aquellas situaciones anteriores, valorar la realidad de lo que ocurría. Ahora, a mis trece años, se encargaron de acercarme a la triste realidad. Una fuerte tormenta se había desencadenado en la zona donde faenaba el barco en el que iba mi padre. Su nombre, "Virgen de la Esperanza".

En un instante, comprendí el por qué de los nombres de las Vírgenes que se daban a los barcos de pesca. A la Virgen se aferraban unos y otros, los que navegaban y los que en tierra quedaban, mientras el botón que servía para cambiar el dial de la radio, era manipulado una y otra vez por mi madre buscando las noticias de los boletines informativos. Ella no quería compartir conmigo su inquietud, aparentando una tranquilidad inexistente, pues algunas de las preguntas que le hacía quedaban sin respuesta al no prestarle atención a las mismas.

Mientras mi madre iba alternando el buscar noticias con visitas a su dormitorio para rezar a la Esperanza de su esperanza, yo a través de la ventana dejé la mirada fija en el mar. Las fuertes ráfagas del frío viento hacían chocar las olas sobre cuanto reposaba en la orilla, salpicando sus aguas a los tibios rayos del sol que doraban la arena, formándose unos cristalinos colores que volvían al sol, sin que las olas fuesen capaces de privarles su libertad. Sin saber como, inesperadamente, me encontré flotando en el interior de un rayo cristalino; su color era de un precioso verde, del que destacaba una pequeña luz cegadora de mi vista, de la que brotaba una mágica voz que me invitaba a pedirle un deseo.

Viajar mar adentro en busca de un barco de pesca nombrado "Virgen de la Esperanza", en el que mi padre lucha contra el temporal, fue mi deseo al verde rayo cristalino que me permitió volar. Cuando hacía un tiempo que mi vista había perdido el color, ya casi negro del puerto, de sus barcos, de sus casas, de la orilla... en un lugar donde todo era mar, vi al barco de pesca donde mi padre navegaba, manteniendo una feroz batalla contra un ejército de aguerridas y pertrechadas olas que intentaban abordarlo. Y cuando me disponía, ayudado por el verde rayo cristalino de mi esperanza, atacar a las belicosas olas, un rayo blanco que bajó del sol, golpeó a mi verde rayo alejándome de aquel lugar.

Sentado sobre la cama, con el pulso alterado y el palpitar del corazón golpeando mi pecho, me di cuenta que todo había sido un sueño, aunque fuere cierto que mi padre se encontraba de pesca en la mar a bordo del llamado "Virgen de la Esperanza", sin que tuviese problemas en el navegar, pues mi madre recibía noticias a diario por medio de la cofradía de pescadores, que comunicaba a través de la radio con todos y cada uno de los barcos de pesca de nuestro pequeño pueblo marinero.

Me levanté y tras despertar mis ojos y tranquilizar mi ánimo con la frescura del agua, sentí la necesidad de ver a la Virgen que mis padres tenían en el dormitorio, encendiendo una de las lamparillas que mi madre le ofrecía a diario.

Por ser festivo no tenía que acudir al colegio, marchándome a la orilla del mar, donde me senté sobre la húmeda arena dejando seguir la vista hasta la línea que marcaba el horizonte, para, desde el infinito, acompañar a las olas que hasta mí llegaban, las cuales, una y otra vez, regresaban al mar, aunque algunas gotas de sus aguas quedaban perdidas en la orilla, como si fuesen las lágrimas de la madre y mujer del pescador, mientras todo aquel escenario de agua, arena, sol y mar... me hacía recordar el triste sueño que había tenido la noche anterior, cuyo sueño necesitaba contar para que no se hiciera realidad.



Rayo cristalino

&&&&&&

Mis padres, eran, como todos los vecinos del barrio, amigos de "*Los Rabanillos*", de cuya familia habían salido dos ecijanos toreros, Luis y Lorenzo, quienes a la vuelta de cada acontecimiento, los recibíamos como héroes de nuestros cuentos y aficiones. Pero un día de agosto, cuando yo era un niño, corrió como reguero de pólvora negra, la noticia de que a Lorenzo Lucena lo había matado un toro en una plaza de un pueblecito castellano. El barrio entero se hizo llanto, dolor y duelo. Su hermano Luis permaneció junto a él tras la tragedia hasta que llegaron a Écija. Yo, en el discurrir de los días posteriores y de escuchar las tristes vivencias del hermano junto al cuerpo inerte de Lorenzo, no sólo pensé cómo podría Luis haberle hecho saber a su familia tan dramático desenlace, sino que le di mayor importancia a la vida de su madre, que a la muerte de Lorenzo como torero, viendo que ello, fue la muerte en vida de aquella.

¿CÓMO SE LO DIRE A MI MADRE?

Madre, compréndelo, no hubo remedio,
tras tres días, con sus noches de negro,
la sangre que mi hermano perdió
se llevó la vida que tenía dentro.

Cuando apretó mi mano
se despedía con ella de la vida,
pidiéndome como hermano
que cuidara de ti, madre querida.

Sólo con mis oraciones y rezos
luchaba yo contra su muerte,
mientras mis ojos, clavados en el cielo,
suplicaban mejor suerte.

Ante la soledad de sus vientos
recordé sus sueños de ser torero,
maldiciendo mis sentimientos
en querer darle fama, amores y dinero.

Junto a su cuerpo inerte,
sobre una silla, su traje de torero,
poco más de veinte años tenía a su muerte
que fueron rotos por un toro negro.

En solitario con mi duelo
derramo lágrimas por su vida,
no tengo quien me de consuelo
ni haga mi soledad compartida.

Que suenen clarines al viento
en el pueblo que lo vio nacer,
brotando en once torres un lamento
por ese cartel que quedó sin hacer.

Dijo Dios: "*No es bueno que el hombre esté solo*", aunque muchas veces, el egoísmo de la humanidad, provoca la soledad del ser humano. El haber leído, consecuencia de la leyenda nunca autenticada en un todo, que pesa sobre el bandolerismo en Écija, con la famosa partida de "*Los Siete Niños*", junto al haber conocido y visto a muchos seres, el sentirse abandonado o aquel que por situaciones incomprendidas, vagabundea por la sociedad en plena soledad, es lo que me hizo, no sin cierta tristeza, cantarle a los mismos, puesto que algunos, aún no estando solos así se sienten, y otros, que esténdolos, no pueden evitar estarlo.



ULTIMO TRAMO

Sentado en el banco del parque,
vuelvo la mirada ¿perdida o ya vencida?,
bajo la sombra del ciprés
en el último tramo de mi vida.

Noches en vela, risas y llantos
con alegrías por partos de amores;
ochenta años son mis lamentos
queriendo recordar sólo los mejores.

Toda una vida mi cariño repartido
para, en la tercera edad,
vejez sigo yo llamando,
ni querido y ni siquiera compartido.

Aquí esperaré,
lo que antes no quería,
a una dama que vendrá vestida de negro
para apagar el amanecer de mi nuevo día.

VAGABUNDO

Mi techo son las estrellas,
mi cama cualquier esquina,
la calle de mi vida no brilla
al no guardar recuerdos en las retinas
que me hagan encontrar mi perdida orilla.

Soy un vagabundo sin primavera
que no tiene llave de puertas,
viajando solo, sin compañera,
por caminos con colores de violetas,
en los que nunca nadie me espera.

Pienso en los años perdidos
cuando me veo en la soledad,
por los corazones que dejé heridos
culpa de mis amores carentes de verdad
de aquellos años incomprendidos.

REFLEXION DEL BANDOLERO

La sierra tengo por casa,
en las cuevas de sus montañas,
donde el cielo, con sus noches cerradas,
de los que me buscan, me guarda.

Por cultura, el trabuco
con manta en banderola,
las alforjas siempre preparadas
sobre una jaca de pura raza española.

Lo que al cacique recaudaba
entre mis pobres repartía,
sin ser ladrón el que a ladrón roba
aunque lo haga todos los días.

Los pobres me querían
dándome con ello fama,
pero los ricos me odiaban
poniéndole precio incluso a mi alma.

Aunque al mismo Dios rezamos
había mucha diferencia,
el cacique vivía en la abundancia
mientras el pobre sufría en paciencia.

Sublevarse, no podían,
de ellos sus familias dependían
y aunque salvase de ellos querían,
solo les quedaba resignarse día tras día.

Yo sabía que era su héroe,
que me querían y admiraban
por luchar contra las injusticias
que sobre ellos pesaban.

Los bonitos ojos de su cara
fueron mi perdición,
pues el amor hacia Clara
me llevaron a prisión.
Bajo su balcón esperaba
cuando me vi rodeado,
un cacique a las tropas avisó
y mi confianza me dejó atrapado.

Ni juicio siquiera me celebraron,
cientos de cargos alegaron,
incluso delitos de otros
a mi me fueron imputados.

Aquí en la celda, espero mi hora,
será horca por bandolero,
mientras fuera, mis pobres me lloran
y los caciques ríen, por ser mis carceleros.

ULTIMO TRAMO

El último año en el trabajo de Ignacio, como jefe de administración de la compañía de seguros donde prestaba sus servicios y en la que llevaba cincuenta años, fue de múltiples comentarios, sobre lo qué haría cuando llegara el día 1 de Octubre, fecha, en la que, por razón de edad, se jubilaría.

Eran continuas las conversaciones con sus compañeros de trabajo sobre la jubilación. Muchas ideas y sugerencias sobre hacer diversos viajes y ociosas actividades, una vez que le llegase el ansiado día. Física e intelectualmente se encontraba bien; había cuidado su estado material y espiritual, en definitiva, llegaba en óptimas condiciones a lo que el tituló: Último tramo.

Pensaba en voz alta que el viejo reloj de cuero que, sobre la mesita de noche en su dormitorio, tenía, no llegaría nunca más a despertarle a las siete de la mañana, con aquel sonido estridente de su niquelada media campana. Habían sido muchos los días que no hubiera deseado levantarse, pero su trabajo le había obligado a hacerlo. Nunca pensó en cambiar de reloj, puesto que Ignacio, bastante tradicional en sus cosas, no tenía mucha confianza en los relojes digitales, a pesar de que podían haberle podido despertar con sonidos musicales o con las noticias de la radio, pero él seguía prefiriendo su viejo despertador, con esa dicha media esfera de acero por alarma y al que, noche tras noche, antes de dormirse, le daba cuerda parsimoniosa y lentamente.

La misma teoría que tenía sobre su viejo y seguro reloj, era la que, durante sus cincuenta años de trabajo, había mantenido en la oficina, pues aunque tuvo que aceptarlos, no era partidario de los medios y sistemas informáticos que la dirección de la empresa había instalado en la compañía. Ignacio seguía prefiriendo y añorando su vieja máquina de escribir y la calculadora manual, las que, cuando el trabajo se lo permitía, seguía usando, ratificándole su uso en la idea que mantenía sobre que el hombre es más seguro que las máquinas. En ocasiones, cuando se producía una avería en el sistema eléctrico, que provocaba la paralización de todos aquellos nuevos y modernos "artilugios" y veía a muchos de sus compañeros, impotentes en poder seguir trabajando, mientras él podía continuar con su tarea, sentía una satisfacción que no podía disimular, por haber aprendido el uso de las máquinas manuales.

A pesar de sus anquilosadas opiniones sobre el sistema informático y administrativo moderno, no luchaba abiertamente contra su uso, pues comprendía que todo ello era derivación del progreso lógico y normal que debía imperar en el desarrollo de cualquier actividad. Sus compañeros de trabajo, mucho más jóvenes que él, si bien no compartían las preferencias de Ignacio, le respetaban cariñosamente, no sólo por su forma de ser, afable y cordial, sino por entender que a su edad era normal el que tuviera dichos pronunciamientos, sin olvidarse de que Ignacio, era el Jefe de Administración, en aquel entonces más por su edad y antigüedad que por sus conocimientos, que, lógicamente no estaban reciclados.

El día 30 de Septiembre, último día en que Ignacio acudió puntualmente, como siempre, a la oficina, sus compañeros le ofrecieron un pequeño homenaje. Al finalizar la jornada, tomaron unas copas en el bar cercano y de confianza, donde la dirección de la

compañía le entregó una pequeña placa de alpaca plateada, en cuyo texto, le reconocían los servicios prestados durante cincuenta años y su dedicación a la empresa. Ignacio estaba radiante de felicidad. Algunos años, sobre todo los últimos, había pensado mucho en la llegada de tan ansiado día, para poder, por fin, dejar de trabajar y convertir en realidad sueños que nunca había podido llevar a cabo por falta de tiempo. Viajes, paseos, tertulias con los amigos en el casino, etc. Todos alzaron sus copas y brindaron por él, al tiempo que el director de la compañía le dijo que su presencia siempre estaría con ellos y que su espíritu permanecería presente, día a día, junto a la compañía de su vida.

En su interior Ignacio pensaba que se trataba, simplemente, de palabras procedentes del libro hipócrita de la vida, ya que había estado en otras despedidas de compañeros que habían dejado la oficina por otros motivos y habían sonado casi las mismas palabras y sabía que, el día que pasase por la oficina para saludar a sus compañeros, su despacho estaría ocupado por uno de ellos y todos estarían tan pendientes de sus trabajos, que no tendrían más tiempo libre que el correspondiente a darle un saludo más o menos cordial y cariñoso, que sabía se iría difuminando y perdiendo con el tiempo, como consecuencia de la falta de contacto y la entrada de nuevo personal al que no conocería. Todo ello lo entendía como normal y lógico dentro de la rueda en que se convierte la vida laboral de cada persona.

Aquella noche, cuando llegó la hora de irse a la cama, casi de forma instintiva, Ignacio cogió el viejo despertador para darle cuerda, como había hecho durante tantos y tantos años, dándose cuenta que la aguja de la alarma señalizaba las siete, pues eso de antes y después de meridiano, no era para su reloj ni para el propio Ignacio, a quien no le gustaba ni siquiera pensarlo; él siempre había dicho y entendido las siete de la mañana o las siete de la tarde. Sin saber el por qué, no varió la hora que señalaba la alarma, hasta que tras unos minutos sobre la cama, recordó, jubilosamente, que al día siguiente no tenía necesidad de levantarse, pues ya estaba jubilado. Se incorporó y sentándose sobre el borde de la cama, alcanzó el reloj de la mesita de noche, cogió la manecilla y cambió la hora de la alarma. En lugar de las siete la colocó en las diez, considerando que era una hora idónea para levantarse una persona que estaba jubilada y después de muchos años, podría hacerlo a las diez de la mañana.

Sonaron las doce de la noche en el reloj del campanario de la torre del Convento de los Mercedarios Descalzos, cercano a su domicilio y ello le recordó que, a partir de dicho instante, había terminado su vida laboral. Sin desearlo, mentalmente, hizo un breve balance de su trayectoria profesional. Le vinieron recuerdos de cuando dejó el colegio por las necesidades existentes en su familia y con quince años ingresó en la compañía como botones. Recordó el orgullo que sus padres mostraron cuando le vieron con el uniforme que la empresa le proporcionó. Paseó en su pensamiento la cara de satisfacción de su madre, cuando le hizo entrega del sobre contenido su primer sueldo, ciento veinticinco pesetas de las de entonces. Así, día tras día, hasta la fecha en que, tras pasar por todos los escalafones de la compañía se había jubilado como jefe de administración.

Pero aquello era agua pasada y, aunque estaba orgulloso de toda su trayectoria, él mismo se decía y convencía, que no podía estar constantemente recordando lo que deseaba ya, fuese historia en su vida. Intentó dormirse, quedándose con el recuerdo de los momentos más agradables, pero no le era fácil, aunque sin saber a qué hora, lo consiguió.

A la mañana siguiente, cuando el sol despuntaba en el alba y sus tibios rayos se reflejaban en los cristales del balcón de su dormitorio, Ignacio se despertó sobresaltado, mirando el despertador y viendo que eran las siete, se preguntó el por qué no había sonado la alarma; transcurrieron unos segundos y al ver la manecilla de la alarma señalizando las diez, se acordó que estaba jubilado por lo que no tenía necesidad de levantarse, recordando entonces el motivo de haber puesto la alarma a dicha hora. Se quedó despierto en la cama, intentando lo que siempre había añorado, dormir hasta las diez o, al menos, un poco más de lo normal, pues ya no tenía obligación de levantarse a tan temprana hora. Ahora que puedo hacerlo, no lo consigo, se decía. Quizás la mecánica rutinaria a la que había sometido su cuerpo durante tantos años, fuese la causa de ello. A duras penas y tras leer algunas páginas del último libro que había adquirido, consiguió permanecer en la cama, aunque despierto, hasta las nueve aproximadamente. Se preguntó, mientras en ella estuvo, sin concentrarse en la lectura, qué haría durante el día. Encontró rápidamente su propia respuesta.



Primeramente iría a comprar el periódico, después daría un paseo por los jardines de San Nicolás, se sentaría en un banco de su parque y leería, aprovechando el calor del sol que allí llegaba durante la mañana. Después iría al casino, que se encontraba en el centro del pueblo y del que era socio desde hacía muchos años y de cuya sociedad, sólo había podido disfrutar los domingos, pues aunque en los últimos años de su vida profesional, no se trabajaba los sábados, él siempre había provocado algo que hacer en la empresa, para tener ocupada la mañana de los sábados, como de siempre había hecho. En el casino se sentaría en uno de sus cómodos sillones del

salón, cuyas cristaleras daban a la plaza principal y mantendría tertulias con sus amigos hasta la hora del almuerzo. Por la tarde, tras dar una cabezadita en el viejo sofá de su casa, volvería al casino donde podría jugar una partida de dominó, intentando ganarla para que el café le saliese gratis.

Todo lo planeado milimétricamente, durante los primeros días de su ansiada jubilación intentó llevarlo a la práctica, pero pronto comenzó a darse cuenta de que sus amigos no estaban en el casino a la hora que él lo frecuentaba, dado que algunos todavía trabajaban y otros no eran partidarios de acudir a horas matutinas, encontrándose con que los asistentes mañaneros, eran personas a los que él siempre consideró mayores, por tener más edad que él y se encontraban fuera de su entorno, sintiendo, por primera vez, cierta soledad en su nueva situación y alguna que otra añoranza del trabajo en el que acababa de jubilarse, llegando a pensar, con el paso de los días, el por qué de su jubilación, cuando se encontraba en perfectas condiciones de salud para seguir en activo.

Lo que había sido esperanza ilusionada en un gran día, con el discurrir del tiempo, se fue convirtiendo en tristeza y melancolía. Más pronto que tarde se cansó de ir todos los días a los jardines de San Nicolás y, en más de una ocasión, cuando se encontraba sentado en el banco del parque, con la mirada perdida o vencida bajo la sombra del ciprés, reconocía encontrarse realmente en el último tramo de su vida. Él, que siempre

había llamado a ese último tramo, la vejez, aunque en la sociedad la cubriesen con modismos y nuevos términos lingüísticos de "tercera edad"; la melancolía de su tristeza le hacía pensar que esa vejez le había llegado y ya sólo le quedaría esperar la presencia de una dama vestida de negro, que se presentaría con una guadaña, para apagarle el amanecer del nuevo día.

Cómo era posible que lo que tanto había ansiado, ahora le estuviese deprimiendo, se preguntaba Ignacio una y otra vez. Intentaba fortalecerse y se proponía luchar contra ella, al tiempo que lo achacaba a no tener la mente ocupada.

Decidió entonces cambiar el campo de acción que había programado y aunque no pudiese hacer los viajes que había soñado, porque el estado físico de su esposa y la modesta pensión que le quedó, no se lo permitían, iría alternativamente a casa de sus dos hijos, los cuales residían en la capital y si bien, cada uno de ellos, tenía sus obligaciones laborales y familiares, tanto su esposa como él, disfrutarían algunos días de la compañía de sus nietos. Fue un pensamiento tan ilusionado como fugaz, pues recordó con tristeza que la actitud de sus dos hijos, eran dos páginas, simplemente dos páginas, en el libro de su vida a las quería dar lectura y cerró el libro de dichas ilusiones.

Una vez más, en el viejo banco del parque, encontró Ignacio su refugio perfecto. Allí pasaba más horas de las que deseó en un principio, preso de la melancolía y queriendo distraerse con cualquier detalle, como podía ser el de un pequeño gorrión que, posando sus finas patitas sobre el pedestal de la fuente situada en el centro de los jardines, bebía algunas de las gotas de agua que se perdían de aquella, para arrancar en un alborotado vuelo, cuando alguien se aproximaba.

Una de aquellas mañanas, en la que Ignacio estaba cubierto plenamente por los recuerdos que añoraba, se le acercó un niño. Un rayo de alegría sintió que entraba en su cuerpo, sin saber el por qué. Ignacio le preguntó Ignacio cuántos años tenía.

Diez, le contestó el niño, al tiempo que este le preguntaba. ¿Y tú, qué haces sentado todos los días en el banco? Ignacio estuvo tentado de contestarle, que esperaba a una dama vestida de negro... pero sin saber el por qué, le dijo:

- Estoy esperando a los Reyes Magos para darle mi carta.

Quizás el motivo de dicha respuesta, fuese porque se acercaban las fiestas navideñas.

Aquella infantil respuesta, hizo que el niño se sintiera atraído por Ignacio, manteniendo con él un gracioso e infantil diálogo sobre lo que cada uno le iban a pedir a los Reyes Magos.

Ignacio le dijo que su rey era Baltasar, el rey negro, que lo veía todos los años y al que esperaba con más impaciencia que nunca. El niño le respondió, diciéndole que su rey era el de las barbas blancas, Melchor y que le iba a pedir un coche teledirigido y una bicicleta de montaña, preguntándole a Ignacio qué iba a pedir él.

Juventud, le iba a contestar, pero comprendió que ello no podría entenderlo, ya el niño, como tal niño, estaba en la flor de su vida y acordándose de cuando él tenía más o menos esa edad y su rey negro le había dejado un caballo grande de cartón con cuatro

ruedas, comenzó a contarle al niño lo mucho que había disfrutado con su caballo, sin darle tiempo a seguir con su historia, porque el niño salió corriendo a la llamada de su madre.

38

Aquellos leves recuerdos ilusionados, le habían hecho, por un momento, sentirse feliz y como era hombre agradecido, volviendo a la infancia de su niñez, quiso contárselo al rey Baltasar, pues sentía la necesidad de soltar la tristeza y melancolía que le llenaba.

Cogió el bolígrafo que de siempre llevaba en el bolsillo alto de su chaqueta y sobre los márgenes de la última página del periódico, comenzó a escribir una carta de agradecimiento a su rey negro, por lo feliz que le había hecho cuando, de niño, le trajo su caballo de cartón y, como si de siempre hubiese tenido grabada dicha carta en su memoria, rápidamente escribió:

“Querido rey Baltasar. Yo creo que mi caballo no era de cartón, pues me dijeron que los juguetes no hablan, pero él y yo nos entendíamos al cruzar nuestras miradas en el silencio de la noche, cuando en el cuarto se quedaba junto a la infancia de mi cama, al tiempo que, con los ojos clavados en las estrellas del cielo, te buscaba rey Baltasar, mi rey negro, para darte las gracias, por haberme traído de las cuadras del cielo, un corcel blanco en una fría noche de enero. Yo creo que nacería potro, hijo de yegua blanca, envuelto en aliento de nubes algodonadas, libre por la herencia de la sangre que nunca pudo ser domada, aunque le sometieran romanos, árabes y cristianos de cruzada, por mandatos de emperadores, jeques y reyes de cruz con espada. Sus crines luchaban contra el viento, como el hidalgo caballero lo hizo contra los molinos de Castilla la ancha, donde le nombró Cervantes en su obra inmortalizada. En mis sueños, viajé con él por reinos, imperios y emiratos, luchando en cientos de guerras y batallas, donde yo, sobre él, era Alejandro, el que desde Persia el mundo conquistaba y, en algunas ocasiones, Atila, rey de los Hunos, secando la hierba que el caballo con sus casos pisaba. También fui sobre mi caballo de cartón, Napoleón, Ricardo III, trovador, príncipe, juglar, bandolero, cantautor y caballero, pero siempre con él, con mi caballo de cartón, recuerdo de una fría noche de Enero que me trajo un mago de Oriente, con color contrario al de mi caballo blanco, quedándose en la retina de mis ojos grabada, una noche de ilusión, que ahora perder no quiero y que con esta carta agradezco a mi rey negro.”

Ignacio, tras leerla una y otra vez, se sintió lleno de vida. Algo en su interior le hacía ver que debía estar nuevamente agradecido, comprendiendo entonces que el reloj de la vida no podía ser detenido cuando él quería, y mucho más al tratarse de un reloj que no necesitaba, como le ocurría a su viejo despertador, cuerda mecánica alguna, pues el tic tac de la vida anda con una cuerda divina que, al igual que el corcel blanco, regalo del rey negro, procede de las cuadras del cielo.

Sintiéndose joven e ilusionado en el nuevo estado que, por razón de edad, le había sido marcado, desapareció de su espíritu la melancolía y la tristeza y de su pensamiento, la imagen de la vieja dama vestida de negro con guadaña segadora en la mano, quedando cubierta por la de una joven ninfa que de pronto vio, junto a la fuente del parque portando una cántara con el agua de la vida.

8&&&&&&

Dos rosas en mi jardín...

Septiembre de 1980. - Tres años eran los que tenía mi hija Pilar. Hasta entonces, siempre en la casa, mimada y rodeada por el cariño de todos, padres, abuelos, tíos y vecinos. Pero ese mes debería iniciar su escolarización. El colegio elegido, junto al domicilio, las monjas del Valle. ¿Quién la iba a llevar al colegio ese, su primer día? Yo, su padre, aunque pudiera, antepuse mis obligaciones profesionales de forma egoísta. Ojos que no ven corazón que no siente, dice el refranero popular. Mi mujer, su madre, una vez más, partíce en un trance que puede ser visto normal por los que nos rodean, mucho más ahora, cuando publico estos sentidos versos, que por necesidades, desde que comienzan a andar quedan en guarderías, pero ello no era así en la fecha que me refiero. Como yo he sido siempre de la opinión que el dolor es para quien lo padece, aunque nos consuele la compañía de quienes nos aprecian, lo que sigue es lo que, conociendo a su madre, mi mujer, le pasó por su pensamiento, al dejar a nuestra pequeña hija en su primer día de colegio.

A MI PEQUEÑA FLOR

Que inquietud me asola,
cuanta impaciencia siento,
derramando suspiros de sentimientos
al dejarle sola en el colegio.

Cuando se agarra a mi mano,
Todo mi ser tiembla,
sintiéndome como un ser inhumano
que hace de la luz su tiniebla.

Me marcho sin querer dejarle,
resistiéndome a la decisión,
toda vez que su ausencia es separación
a la que no quiero habituarme.

Le dije que el colegio es un lugar
donde muy bien lo pasaría,
con cosas nuevas que conocería
y nuevos amigos con quienes jugar.

La verdad es que no fui sincera
pues en mi interior no lo deseaba
al ser mucho lo que yo la amaba,
siendo su separación una larga espera.

De regreso lloraré su sentida ausencia
en triste soledad,
pues mi niña, de muy corta edad,
llena mis días con su inocencia.

Serán lágrimas de evasión
sobre el jardín de mi amor
por faltarle mi más pequeña flor,
ya que su vida es mi ilusión.

Cuando se abrió el amanecer en el primer día del año 1987, Pilar, mi mujer, estaba embarazada de seis meses. Ya teníamos a María del Pilar, de 10 años y a Ramón José de 7. En la visita mensual al ginecólogo, nuestro amigo, el Dr. Maza Jiménez, tras los reconocimientos, nos dijo que todo iba bien y nos invitó a saber si la nueva vida que esperábamos con ansiedad, era niño o niña. Nos miramos mi mujer y yo, y sin intercambiar opiniones, con una sola mirada, al unísono, le contestamos que no, nos era indiferente su sexo, nos daba igual el azul o el rosa, el deseo en recibir a un nuevo ser engendrado por el amor, era superior a todo ello. Por ello cuando el ser que esperábamos, nació un 6 de Marzo, vimos lleno de alegría que fue una hermosa niña y, días después, con lágrimas agradecidas, dejé expresado mis sentimientos.

TU CUNA

Fueron nueve meses
en el vientre materno
con noches de poco sueño
que, como flor de primavera,
un seis de marzo nos dejó el cielo.

Muchos nervios por tu llegada
tras varias noches en vela,
una cuna como morada
para el estreno de una vida nueva.

Esperaban dos colores sin dueño,
el rosa de las flores
y el celeste limpio del cielo,
ambos, pintados de un amor sincero.

Por fin se escuchó el llanto
siendo rosa el color de tu piel,
¡que hermosa estabas!
el día que Dios te dejó nacer.

Decidimos como nombre
Carmen María, sin más,
pues ya que no fuiste varón
como Virgen te llamarás.

Poco a poco vas creciendo
en morada de humilde cuna,
mientras los días van transcurriendo
con bellas noches de luna.

De mi infancia y mi tierra...

Las fiestas navideñas de las Pascuas me ponen triste y melancólico, cada vez con más intensidad a medida que me voy sintiendo mayor. En cambio, cuando llega el final de cada año y se abre el nuevo, la noche del 5 de Enero, no solo me ilusionó de siempre, sino que la mantengo viva y dinámica desde unos días antes, al haber visto y vivido esa ilusión brotar en los ojos de mis hijos, cuando amanece cada año el día de Reyes y este año de 2008, la he vuelto a sentir, añadida por la de mi nieto Sergio. Pero lo que más recuerdo de mi dulce infancia en los días de Reyes, fue una mañana que, con cuatro o cinco años, al despertarme, me encontré con un caballo de cartón; precisamente un caballo, el animal de la creación que, junto al toro (quizás por mi afición taurina), me parecen los más bellos de todos. Mi caballo de cartón era grande, de capa blanca, que me pareció de verdad y que sobre cuatro ruedas de madera cabalgaba hacia donde yo quería y subido en él, dejé volar mi ilusión; caballo de cartón, al que años después, igual que al toro, en la adolescencia de mis recuerdos, les escribí:

En el mes de Noviembre, del año del Señor de 1700, yo tenía dieciocho años. Había nacido y criado en las casas de mi señor, D. Antonio de Henestrosa Aguilar y Montemayor, III Marqués de Peñaflor y Señor de Gallapé y Turullote.

Mi padre, Blas de Vallejo, murió al servicio del señor Marqués, cuando era "caballerizo mayor de palacio", cargo al que yo aspiraba, pero, por mi corta edad, no podía alcanzar todavía, por lo que mi padre, en su lecho de muerte, pidió a su señor y este se lo concedió, que me quedase en palacio como "palafrenero".

Como decía, me críe en el propio palacio y gracias a Doña Inés de Aguilar y Gallapé, madre del señor Marqués, que me encomendó al Reverendo Fray José Marquina, Rector del Convento de San Pablo y Santo Domingo, pude recibir, con las clases diarias de Gramática y Teología, una educación que sólo estaba permitida a los nobles y señores de la Ciudad.

Lo cierto es que Doña Inés deseaba, y ello a mi padre nunca le disgustó, que yo ingresara en la Orden de los Dominicos Predicadores, deseó que descubrí cuando el Reverendo Padre Marquina, al finalizar cada año de la preparación que me estaba haciendo, me preguntaba si sentía en mi interior la llamada de Dios.

A mí, lo que de verdad me gustaba, era estar en las cuadras de palacio, cerca de los hermosos caballos que poseía el señor Marqués. Cuando mi padre me lo permitía, yo le acompañaba en la llevanza de las caballerías, desde palacio a los señoríos de Gallapé y Turullote, y aquí, en más de una ocasión, había tenido el placer de montarlos y galopar por las extensas tierras de dichos señoríos y, aunque nunca me sentía dueño de tan bellos animales, no podía considerarlos parte de mi propia vida.

Algunos de dichos caballos habían crecido al mismo tiempo que yo, por lo que me reconocían en cuanto me acercaba a ellos. Al que más cariño le tenía se llamaba "Mariscal" de capa torda y unos doce años, quizás por ser al que había visto nacer una noche de invierno en las cuadras del palacio, cuando mi padre le ayudó a que naciera, porque su madre murió en el mismo instante del parto. Desde entonces "Mariscal" y yo crecimos juntos. Era el caballo preferido del señor Marqués y el elegido por este para las recepciones y actos importantes. Por ello, cuando cumplí los quince años y el señor Marqués me nombró "palafrenero" de palacio, sentí una inmensa alegría, porque dicho cargo iba a permitirme el permanecer más cerca de los caballos y de entre ellos con "Mariscal".

Mi vida transcurría entre los libros que, en el Convento de San Pablo y Santo Domingo, me hacía leer el Reverendo Padre Marquina y los caballos, junto con mi asistencia puntual a la misa diaria que se celebraba en la capilla del palacio, así como al rezo del Santo Rosario en el ocaso del sol y al que todo el personal de servicio estaba obligado a compartir, junto a Doña Inés de Aguilar y sus hijos.

Algún que otro día era enviado a casa de algún noble o cargo de la Ciudad, para llevar una misiva de mi señor o del administrador del palacio, el Licenciado Don Pablo de Cabrera. A mí, donde más gustaba ir era a las casas de Don Alonso de Carrillo, que se encontraba en la calle de los Arquillos, pues a dicho caballero y a su familia, les servía una

guapa esclava, a la que llamaban Juana de la Santísima Trinidad; su pelo era de color negro y la cara muy morena, siendo todo ello el marco idóneo para unos hermosos ojos y labios dibujados. Cada vez que veía a Juana, era como una llamarada de fuego lo que percibía mi cuerpo, o así me lo parecía, cogiéndoseme un pellizco en mi interior, que si bien no me causaba dolor, me hacía sentir una extraña y nueva, aunque agradable, sensación.

A medida que transcurrían los días, yo provocaba el poder verla, sólo verla, lo que conseguía a la ida y venida del Convento de San Pablo y Santo Domingo, pues daba un pequeño rodeo por las calles que a él conflúan, para poder pasar por las puertas de Don Alonso de Carrillo. Era todos los días, a la misma hora, cuando tras la reja de la balconada superior de la casa de Don Alonso, me encontraba con los ojos de Juana, cuya mirada permanecía en mi interior constantemente.

Una venta de trigo que Don Alonso de Carrillo le hizo a mi señor, el III Marqués de Peñaflor, me permitió, con la llevanza de algún encargo, acudir con más frecuencia a las casas de Don Alonso, lo que hizo, que en alguna ocasión, al tener que esperar respuesta, aguardase esta junto a Juana, quien ya me había concedido su licencia para entablar conversación. De ello supe que Juana tenía diecisiete años. Su padre fue de raza judía y había sido esclavo del padre de Don Alonso, pero al morir aquel, Juana quedó bajo la tutela y servicio del propio Don Alonso, en cuya familia decía estar muy bien, aunque de sus palabras yo intuía que Juana añoraba la libertad, no ya en el sentido literal de su significado, sino para poder borrar el ser conocida como "la esclava de Don Alonso de Carrillo".

El fuego al que me refería que provocaba en mí su mirada, si bien no se apagó de las conversaciones que con ella tenía, si noté que comenzó a ser distinto, como más extendido, pero al mismo tiempo lo sentía más dulce, hermoso y tierno, que llenaba mi cuerpo de felicidad.

El otoño de dicho año de 1700 estaba siendo menos otoño que otros. Las lluvias todavía no habían sido intensas como otros años y ello permitía que los caballos pudieran seguir siendo llevados a los señoríos de Gallapé y Turullote, donde, sin bridales ni riendas y con las crines a los vientos, trotaban y galopaban sobre las tiernas hierbas que comenzaban a brotar sobre la tierra.

El domingo, 7 de Noviembre, llegó a palacio la noticia del fallecimiento del rey de España Carlos II. El señor Marqués, al igual que el señor Corregidor había mandado para toda la Ciudad, ordenó guardar tres días de luto. Las campanas de las iglesias y conventos, aquellas incluso con los esquilones, hicieron dobles y redobles, pues así lo solicitó la Diputación de la Ciudad al señor Vicario. Durante los tres citados días de luto, desde la hora prima, se escuchaba por toda la ciudad el tañido de las campanas por la muerte del rey de las Españas.

Días después y en la Iglesia Mayor de Santa Cruz, como palfrenero de mi señor, acudí con él a las honras que en dicha iglesia se celebraron por el rey Carlos II. Era la primera vez que tenía el honor de acudir a unas honras reales. La víspera de dicho día, desde las doce del mediodía, hasta las diez de la noche, doblaron todas las campanas de la Ciudad a media vuelta. La misa fue oficiada por el señor Vicario Don Pedro de Ponce Carrasco, predicando el Reverendo Fray José Marquina. Entre los dos púlpitos de la iglesia,

se había colocado un túmulo vestido de holandilla y galón de oro, y, sobre el mismo, dos almohadas, un paño bordado, corona y cetro. A ambos lados, dos reyes de armas, vestidos de encarnado.

Toda aquella parafernalia me llamó mucho la atención, no llegando a comprender muy bien su significado, aunque al día siguiente me lo explicó el Padre Marquina en sus lecciones diarias. Ello sirvió para que yo, orgulloso de haber ampliados mis conocimientos, se lo contara a mí admirada Juana cuando volví a verla, quedando la misma sorprendida de mi saber.

Una tarde de finales del mes de Noviembre y cuando cada caballo quedó en el lugar asignado para cada uno de ellos en las cuadras de palacio, me disponía a distribuirles la ración de paja, fui llamado por el señor Marqués a su presencia. Cuando llegué ante él, que me esperaba en su sobrio despacho, del que destacaban los retratos de su abuelo y padre, el I y II Marqués de Peñaflor, pintados con el uniforme de Alférez Mayor de Écija – nombramiento que actualmente ostentaba mi señor-, me mandó tomar asiento sobre una silla de madera y cuero negro, que, al otro lado de la mesa había.

Me dijo que España y las Indias tenían nuevo Rey, que se llamaba Felipe V, quien en Francia, como hijo del Delfín, era Duque de Anjou, habiendo sido designado Rey de las Españas por el difunto Carlos II. Siguió diciéndome mi señor que el día de San Andrés, 30 de Noviembre que se acercaba, se haría la proclamación del nuevo rey en Écija, por lo que debía prepararme para ello y engalanar a “Mariscal” con los mejores adornos que para las caballerías había en palacio, pues él, como Alférez Mayor de la Ciudad, portaría el estandarte real sobre “Mariscal”, al que yo llevaría como palfrenero de palacio.

Quedaban cuatro días para el martes 30 de Noviembre. Era la primera vez que, como palfrenero del palacio de Peñaflor, iba a acudir a la proclamación de un rey de las Españas. Fueron cuatro días de intenso trabajo para los sirvientes del palacio, pues en sus dependencias iba a hospedarse el oidor del Concejo Real, Don Manuel de Moscoso y Córdoba, quien había sido nombrado por Palacio Real, representante de la casa real en dicha proclamación, dado que el citado oidor, por estas fechas, se encontraba ejerciendo su cargo en la Chancillería de Granada.

Igualmente la carroza que utilizaba Doña Inés de Aguilar también sería engalanada, pues la madre del señor Marqués asistiría a la proclamación del rey que tendría lugar en la Plaza Mayor de la Ciudad y ella la presenciaría desde el mirador que la casa de Peñaflor poseía en la propia plaza.

Llegó el día de San Andrés y, desde por la mañana, hubo traquerías y luminarias en las torres de todas las iglesias de la Ciudad. En la Plaza Mayor se había colocado un palenque en plano superior, que estaba reservado para los nobles y caballeros de la Ciudad. La fachada principal de las casas capitulares se colgó y, en medio de dichas colgaduras, un dosel con una pintura al natural de Felipe V, al tiempo que dos reyes de armas, vestidos de encarnados, en pie, se situaron a ambos lados del dosel.

Mi señor, vestido de cortesano, con godilla y telas encarnadas, capa de forros verdes y plumas en el sombrero, montó sobre “Mariscal”, al que había adornado con buenas mangas bordadas y cadenas en el pecho. Al mismo tiempo, yo, vestido con vistoso

ropaje, como palfrenero de palacio, cogía la correa que enganchaba el freno de "Mariscal". Así, llegamos a las puertas de las casas capitulares, a las tres de la tarde.

Se puso en orden la Ciudad a caballo; los atabales delante, vestidos de encarnado, tras ellos los alguaciles y nobles de la Ciudad, seguidos por los maceros. A continuación los dos Procuradores, Escribanos, Jurados y Regidores por sus antigüedades y, en la presidencia, junto al Corregidor Don Diego Bravo de Iñara, Caballero de la Orden de Alcántara y el Alcalde Mayor Don Juan Lasso de la Vega, Consejero del Concejo de Hacienda, el oidor del Concejo Real y el Alférez Mayor de Écija, mi señor, el III Marqués de Peñaflor quien portaba el Estandarte Real, montado sobre "Mariscal".

Al llegar a la Iglesia Mayor de Santa Cruz, el señor Vicario, revestido de capa pluvial, situado en la puerta de en medio, recibió a la comitiva con la cruz de reliquia en las manos, al tiempo que el Sochantre, bajo el sonido de los dos órganos de la propia Iglesia, entonó el Tedeum Laudamus.

Mientras toda la comitiva asistía a la función religiosa por dicha proclamación, yo permanecía en el exterior sujetando por las riendas a "Mariscal". Junto a mí, el caballerizo del señor Marqués de Barcarrota, quien se encargaba de cuidar el caballo que había montado el señor oidor del Concejo Real, dado que este había aceptado el ofrecimiento de la casa de Barcarrota en facilitarle caballería, cuando le designaron representante para la proclamación del Rey.

Al momento de salir la comitiva, mientras el señor Vicario con el hisopo asperjaba tres veces el estandarte real que, sobre "Mariscal", portaba mi señor, desde la torre de la Iglesia Mayor se dispararon fuegos y traquerías, con repiques de campanas. El estruendo que todo ello provocó, hizo que el caballo del señor Marqués de Barcarrota se asustase, tanto, que a punto estuvo de arrastrar al caballerizo que lo sujetaba, consiguiendo calmarlo con mi ayuda y la de algunos lacayos de los nobles que habían acudido a dicha función.

Tras dicho incidente, la comitiva inició su marcha en dirección a las casas de Cabildo. La Plaza Mayor se encontraba llena de ciudadanos que esperaban la proclamación oficial de su nuevo Rey. Desmontaron de sus caballerías el señor Corregidor y mi señor, mientras los demás caballeros, de forma ordenada, permanecían sobre sus monturas. Mi señor, tras entregarle al Corregidor el Estandarte Real, subió a la balconada principal de las casas de Cabildo, desde donde echó un cordón de seda encarnada al que el Corregidor abrochó el Estandarte. Al tiempo que mi señor izaba el Estandarte Real, los reyes de armas que flanqueaban el dosel con la pintura al natural del rey Felipe V, gritaron: "Cid, Cid, Cid", respondiendo mi señor en voz alta: "Castilla, Castilla, Castilla, por el Rey Nuestro Señor Don Felipe Quinto de este nombre, que guarde Dios para defensa de estas tierras y de la santa fe católica. Viva, viva, viva."

Al instante de finalizar dicha proclamación, en toda la Plaza Mayor, sonó una inmensa traquería, provocando que el caballo sobre el que asistía a la proclamación el Oidor del Concejo Real, volviera a asustarse, en esta ocasión más intensamente, saliendo desbocado hacia la calle Zapatería, sin que el caballerizo de la casa Barcarrota pudiera detenerle ni el propio Oidor del Concejo Real que lo montaba y era diestro en su manejo.

Sin saber lo que me impulsó a ello, subí sobre "Mariscal" y a galope, fui tras el desbocado caballo. Pasamos por delante de la Iglesia Mayor y el asustado caballo seguía en su alocado galopar. Por un momento pensé que al llegar a la puerta de Palma, el caballo iría por la calle de Merinos, en busca de la Plazuela de Quintana, donde tenía sus casas y cuadras el señor Marqués de Barcarrota, pero no fue así, el caballo siguió en línea recta por la calle Mayor del Valle. Temí por la vida del señor Oidor del Concejo Real, puesto que al final de dicha calle, una vez que el caballo rebasara las lindes del Convento de los Jerónimos, se encontraría con las aguas del río Genil. Tenía que alcanzarle como fuere; le pedí a "Mariscal" un último esfuerzo y cuando el desbocado caballo de la casa de Barcarrota se encontraba atravesando las huertas del convento, logré darle alcance; le tiré fuertemente de la correa que cogía el bocado y paró su alocada marcha. Desmonté rápidamente, le acaricie el cuello varias veces y le di unas palmadas con la mano abierta sobre el pecho, consiguiendo que se calmara.

Cuando desmontaba el señor Oidor y antes de que pudiera reponerse, llegó mi señor, quien sobre el caballo que había montado el Corregidor había salido en nuestra busca. Desmontó, me abrazó y sentí en mi interior una inmensa satisfacción. D. Manuel de Moscoso y Córdoba, Oidor del Concejo Real ya se había repuesto; se acercó y abrazándome me dio las gracias, ofreciéndome el poder concederme una "gracia" real en la representación que ostentaba por haberle salvado la vida.

Durante unos momentos me quedé sin saber qué responderle, al tiempo que miraba a mi señor quien me invitó a que la solicitara.

Por mi pensamiento, pasó poder ser caballerizo mayor del palacio de Peñaflor, como ya lo fue mi padre, sabiendo que aunque por mi edad no me correspondía, pero sí lo podía conseguir por tratarse de una "gracia" real.

Sin qué pueda decir por qué lo hice, alcé la vista al cielo, que tenía un color más azul que el correspondiente al otoño en que nos encontrábamos, parecido al de una hermosa primavera y pude ver a una blanca paloma, que parecía la dueña de tanta hermosura, la que de forma dulce y acompañada volaba sobre el Convento de los Jerónimos. En ese instante me acordé de la libertad que añoraba la dama de ojos negros, esa dama que mis sueños endulzaban y esa fue la "gracia" que solicitó al señor Oidor del Concejo Real, pidiéndole:

"Señoría, no pido gracia personal alguna para este humilde palfrenero de la Casa de Peñaflor, pero sí la solicito para Juana de la Santísima Trinidad, esclava del caballero ecijano Don Alonso de Carrillo, para que su Señoría se digne concederle la libertad a su esclavitud."

La gracia me fue inmediatamente concedida. Regresamos a las casas de Cabildo entre los vitoryos jubilosos del pueblo que había esperado expectante y, ante el dosel que contenía la pintura al natural del también mi señor Felipe V, rey de las Españas, Don Manuel de Moscoso y Córdoba, Oidor del Concejo Real y Magistrado de la Chancillería de Granada, con el testimonio de mi señor, III Marqués de Peñaflor, Señor de Gallapé y Turullote, Alférez Mayor de Écija, Don Antonio de Henestrosa Aguilar y Montemayor, me extendió carta de libertad a favor de mi amada Juana de la Santísima Trinidad.

Con mi rodilla derecha sobre tierra y una leve inclinación de cabeza, agradecí la “gracia” al representante de la Casa Real, quien rápidamente me ordenó levantar. Cuando me incorporé, mi señor se situó junto a él y dirigiéndose a los presentes, en voz alta, dijo:

“Sepa la Ciudad de Écija, que Luis de Vallejo, palfrenero de la casa de Peñaflor, hijo de quien fue Caballerizo Mayor de dicha casa, Blas de Vallejo, ha dado público testimonio y yo he sido testigo de ello, no sólo de bizarría y gallardía, sino de buen cristiano, pues habiendo podido recibir para él una gracia real, la ha solicitado para otra persona, por lo que ante el señor Oidor del Concejo Real, por la representación que ostento y en recompensa de todo lo anterior, con expresa dispensa de la edad que tiene, públicamente declaro que desde hoy, queda nombrado Caballerizo Mayor de la casa de Peñaflor.

Yo no podía articular palabra alguna; mis lágrimas brotaban de mis agradecidos ojos. Alcé nuevamente la vista al cielo y su azul seguía aterciopelado, volviendo a ver, en vuelo hermoso, dulce y acompañado a una blanca paloma.

&&&&&&

MI CABALLO DE CARTON

Yo creo que no eres de cartón, pues me dijeron
que los juguetes no hablan,
pero tu y yo nos entendemos
al cruzar las miradas
en el silencio de la noche,
cuando en el cuarto te quedas
junto a la infancia de mi cama,
al tiempo que con los ojos,
clavados en las estrellas,
busco a Baltasar, mi rey negro,
dándole las gracias por haberme traído
de las cuadras del cielo,
un corcel blanco
en una fría noche de Enero.

Nacerías potro, hijo de yegua blanca,
envuelto en aliento de nubes algodonadas,
libre por herencia de la sangre
que no pudo ser domada,
aunque te sometieran romanos,
árabes y cristianos de cruzada
por mandatos de emperadores,
jeques y reyes de cruz con espada.

Tus crines luchan contra el viento
como el hidalgo caballero lo hizo
con los molinos de Castilla la ancha,
donde te nombró Cervantes
en su obra inmortalizada,
si bien antes te llevó Calígula a su casa
por quedar deslumbrado
de la belleza que tu figura irradia y
aunque es cierto que tu no hablas,
válgame Dios que tienes más sentido
que muchos de aquellos que sobre ti cabalgan.

Viajaremos en mis sueños por reinos,
emiratos, imperios, guerras y batallas,
siendo caballo otra vez de Alejandro,
el que desde Persia el mundo conquistaba,
o acaso de Atila, rey de los hunos,
secando la hierba que tu casco pisara.

Jugaré contigo a ser griego
como Homero con su Ilíada,

para escondido en tu vientre
conquistar la Troya cantada,
la Troya que, por tus rítmicos tiempos,
quedó de ti enamorada.

Sobre tu grupa seré Napoleón o Ricardo III,
quizás trovador, príncipe, juglar,
bandolero, cantautor o caballero,
pero siempre serás mi caballo de cartón,
recuerdo de una fría noche de enero,
que me trajo un mago de Oriente
con color contrario al blanco de tu pelo,
quedando en la retina de mis ojos
grabada para siempre,
una noche de ilusión, que perder, no quiero.

¿CÓMO TE LLAMAS?

Dime: ¿Cómo te llamas?,
que cuando te veo andar
con las crines al viento izadas,
pareces un hermoso velero
con sus velas enarboladas,
sobre un mar de hermosura
que forma tu figura ondulada.

Dime: ¿Cómo te llamas?,
que cuando te veo trotar
a ritmo de orquesta acompasada,
pareces una creación musical
nacida de sinfonía celestial.
sobre cuerdas de violines
que suenan sin ser tocadas.

Dime: ¿Cómo te llamas?,
que cuando te veo galopar
arrancando jirones al viento,
pareces estación primaveral
que recoge mis lamentos
sobre una nube viajera
preñada de sentimientos.

Dime: ¿Cómo te llamas?,
que nadie iguala tu semblanza,
aunque te dibujen en lienzo
o te tallen en piedra blanca,
aunque te pinten con acuarela
o te forjen en hierro de fragua,
aunque sobre ti cabalgaran romanos,
árabes o cristianos de cruzada,
aunque pasearas al Mío Cid
con su silueta enfantasmada,
aunque te llevaran con el rey
a la toma de Granada,
aunque te nombrara Cervantes
en su obra inmortalizada,
aunque te veamos paseando
carrozas con hermosas damas,
aunque te enfrenten con el toro
que sobre ti torea el caballero en plaza,
aunque...aunque por todo ello te nombraran,
quiero saber cómo te llamas,
para cantarle a los cuatro vientos

un poema que emerge de mi alma,
al ser tu figura nacida
en una noche estrellada
por los deseos divinos
del Dios que te creara,
para que paseara a sus ángeles
vestidos con trajes de gitana.

Dime: ¿Cómo te llamas?,
Que quiero terminar este cante
con tu nombre en letras adornadas
para que todo el mundo te llame
como quiso Dios que te llamara.

Ya lo sé, te llamas *Equus*,
señor y dueño de toda belleza en calma,
cuyo nombre ha brotado en este poema
que me ha salido del alma.

EN EL VALLE DEL SOL

Allí, en la casa de carcomidos maderos,
 que entre la cima y el río
 del hermoso "*Valle del Sol*",
 cuando pastoreaba con sus ovejas
 era parada y fonda del viejo pastor,
 me refugié de las iras del cielo,
 al tiempo en que las negras nubes
 abrieron sus fauces, lanzando rayos,
 cuyos truenos, en el eco del silencio
 sonaban como si en las alturas celestiales,
 los ángeles tocasen a rebato con el tambor.

Mientras esperaba en la puerta,
 con la mirada paseando por el paisaje,
 a que la tormenta cesara en su furor,
 desde el fondo del valle a la cima, por su ladera,
 una silueta, que me pareció blanca,
 veloz como el viento, ante mi pasó.

¿Será un rayo de luz olvidado
 que la tormenta abajo en el valle dejó?,
 pues tan rápido como un rayo
 aquella silueta que blanca yo vi,
 por la ladera ascendió.

De pronto, como si el blanco color
 que por delante de la casa del pastor
 había pasado como viento veloz,
 se lo hubiese llevado la tormenta,
 las nubes cambiaron sus negros vestidos
 por otros en los que brillaba el sol.

Los pájaros iban y venían;
 de sus hojas, sacudía el agua la flor,
 ello era anuncio de nuevo a la vida
 y que podía dejar la casa del pastor.

Cuando iba a seguir mi camino,
 aquella silueta blanca que hacia la cima voló,
 bajaba despacio, con cansino caminar,
 más al contemplarle de cerca
 no pude mi vista de ella apartar.

Era un caballo blanco,
 blanco como el azahar,

de largas y sedosas crines,
bello incluso en su afligido andar,
pues de sus ojos refulgía una tristeza
que le privaba la vista levantar.

En aquella silenciosa, pero hermosa compañía,
se escucharon quejidos por la vida
que venían del otro lado de la verde cima,
haciendo al blanco caballo su cabeza alzar,
oteó el horizonte y las orejas y cola
levantó a la par,
dejando volar alegremente sus crines al viento
y fue silueta igual a la que yo vi pasar,
dirigiéndose a lo alto de la cima
mientras yo le seguía,
preso de la suya y mí curiosidad.

No había llegado yo a la cúspide
cuando el blanco caballo
con las crines caídas,
orejas gachas y triste caminar,
dejando ver en sus grandes ojos lágrimas,
volvía nuevamente a bajar.

¿Qué buscaría el blanco caballo
en lo más alto de la cima,
que es causa de su desvarío y pesar?.

Mas al sentir de nuevo los lamentos
que parecían volverle a llamar,
me di cuenta, que al otro lado de la cima,
enredado entre la maleza, había un hermoso potro
que no podía de ella escapar.

Antes de que a el yo llegara
ya estaba el blanco caballo de mi silueta
dando relinchos en alegría de libertad.

Su mirada se tornó alegre, viva,
como la de quien encuentra parte de su vida.
El pequeño potro, temeroso por cuanto pasaba,
una vez se vio libre de la tristeza que le apresaba,
se refugió en el blanco caballo
que de alegría relinchaba,
soltando juntos sus penas,
soltando juntos sus agonías,
y veloces como un rayo, fueros dos siluetas
las que pasaron junto a la mía.

Cada vez que voy al "Valle del Sol",

dos caballos, libres, blancos como el azahar,
me esperan junto a la casa del viejo pastor,
saludándome con sus relinchos de alegría
que rompen el negro silencio
del que pudo ser su mas triste día.

El sol se marcha y, al llegar la noche,
con su silencio sombrío,
me vienen sueños de tu nacencia
en aquel parto dolorío,
tu madre era vaca brava
y tu padre, toro reconoció.

Cuando te asomas
al espejo del río,
sobre el agua calmada
se refleja tu trapío,
viéndote que mandas en la vacada
por tu estampa y poderío.

Tienes el verde campo por lecho
con sus senderos como caminos,
donde, los viejos árboles,
son testigos de tus desvelos
bajo la luz de la luna
que brilla en tu negro pelo.

Eres estampa para cartel
que pintar yo no puedo
por tener solo pinceles
para amarillo de ruedo,
que es el color del albero
donde llevarte yo no quiero.

Son mis sueños lamentos
para que no amanezca el nuevo día,
que romperá mis sentimientos
cuando te aparten con la corrida,
pidiéndole yo al viento
que me deje el viento de tu vida.

A toques de clarines y timbales
se hará silencio en los tendidos,
abrirán las puertas de toriles
y saldrá a la arena, “Bendecido”,
mi toro de pelo negro zaino
que dejará al público enmudecido.

Pero mis sueños se van turbando
al ver guadañas de muerte
sobre el albero esperando,
cuando mi despertar es tu suerte
al verte en el campo enamorando
a los amores que soñaron tu muerte.

BAJO LAS ENCINAS

La recién estrenada primavera se había presentado con todo su esplendor en el campo. Las rojas amapolas y los morados lirios destacaban entre la verde y poblada hierba. El día de la semana que más me gustaba había llegado, el sábado, pues el no tener que ir al colegio me permitía subir al viejo Land Rover que se encontraba en desuso y sentado frente a su volante, imaginaba caminos y carreteras por las que corría, cambiando una y otra vez de velocidad, mientras simulaba el ruido del motor con mis propios sonidos.

Al ser mi padre mayoral de la ganadería de Don Joaquín, vivíamos en el cortijo. Antes lo había sido mi abuelo Juan, de quién padre había aprendido todo lo que era la ganadería de toros. Padre, aunque muchas veces no me dejaba acompañarle, sobre todo en la época del colegio, intentaba explicarme cuánto hacía a lo poco que yo le preguntaba, pues lo que me gustaba era andar por la dehesa con la escopetilla de aire comprimido preparada para disparar a los gorriones, subirme a la bicicleta de montaña que me regaló D. Joaquín cuando hice la primera comunión o convertirme en conductor a los mandos de los viejos tractores y coches que se guardaban en el cobertizo.

Acababa de desayunar y salí a la explanada existente frente a la puerta del cortijo, donde comencé a inflar la rueda delantera de la bicicleta para salir a "montañear", cuando José, uno de los vaqueros de la ganadería, llegó al galope de su caballo, se bajó rápidamente y llamó a mi padre:

¡Antonio, Antonio!, corre. La vaca "Bienvenida" está pariendo, bajo las encinas que hay junto al cobertizo y parece tener problemas. Rápidamente mi padre se subió a caballo y junto con el vaquero se dirigieron al lugar donde se encontraba la vaca, sin darme tiempo a decirle me lleva con él.

De un salto me subí a la bicicleta y por una estrecha vereda que conocía sobradamente; llegué al cobertizo. Recordé lo que en alguna ocasión había escuchado del abuelo y de mi padre, - que las vacas se separan de la manada para buscar el lugar adecuado donde tener sus hijos, evitando miradas indiscretas. Entré al cobertizo y llegando al fondo del mismo, por las grandes rendijas que tenían sus viejas paredes de madera, pude ver como "Bienvenida" había parido un hermoso becerro al que lamía una y otra vez.

El vaquero y mi padre, tranquilizados por el desarrollo del parto, que, según comentaron, se había adelantado a la fecha prevista, se marcharon para seguir en sus quehaceres, sin que descubrieran mi presencia en el interior del cobertizo.

Allí permanecí largo rato, sentado en el suelo y con la mirada fija en la vaca y su ternero, bajo las encinas, que con su frondosidad les protegía de la leve y fina lluvia que como bautizo caía del cielo. Pude ver como la vaca se tumbaba junto al ternero, volvía a lamerle una y otra vez, como si le acariciara, enseñándole sus ubres para que pudiera alimentarse de la leche.

Todo era maravilloso; sobre un lecho de frescas hierbas, perfumado por el aroma de las flores silvestres, el silencio del campo era solo roto por el canto de la pajarería o el bramido de algún toro de la ganadería que se escuchaba a lo lejos.

No me importaba en aquél instante que el viejo coche o el tractor estuviesen tan cerca de mí, en los que podía correr por carreteras o caminos imaginarios. Me había quedado enamorado de aquella tierna escena. El becerro, una vez satisfecho con el alimento se quedó dormido, mientras la madre movía constantemente su cabeza en vigilancia del sueño de su hijo.

Yo por aquél entonces, no entendía muy bien lo que a Don Joaquín y a mi padre les escuché en alguna ocasión sobre el pelo de los toros, aunque si veía que era un hermoso becerro, de frente ancha y plana, cara corta con grandes y expresivos ojos, decidiendo esperar a que el becerro despertara para ver lo que hacía.

Así fueron pasando los días. Deseaba más que ningún año llegasen las vacaciones de verano, pues los días que hasta entonces tenía libre, desde por la mañana, acudía a las encinas que había tras el cobertizo y allí esperaba a mi hermoso becerro, al que bauticé antes que D. Joaquín y mi padre lo hicieran con el nombre de "Bienvenido", pues eso si lo sabía, que a los hijos de las vacas se les bautizaba con el apelativo del nombre de su madre.

Mi padre me había advertido que no me acercara al becerro mientras estuviese siendo amamantado por su madre, ya que ésta podría cornearme por pensar le iba a hacer algún daño a su hijo.

Yo no le hacía caso, porque estaba seguro que Bienvenida el día que parió, se percató de mi presencia tras las paredes del cobertizo al no hacer gesto extraño alguno. Por ello no le importaba que su hijo corriese tras de mí, cuando con la bicicleta de montaña subía y bajaba por los campos de la dehesa. Padre ya me había dicho que el pelo del becerro era cárdeno y que sería un bello toro. A mí aquello no me preocupaba lo más mínimo, era mi auténtico amigo, nos entendíamos, yo le hablaba y sabía que me escuchaba, topándome con su frente en cuanto hacía algo que no le gustaba.

Habían transcurrido ocho o nueve meses, pues la Navidad estaba cerca. Como siempre, me fui al lugar donde nos encontrábamos Bienvenido y yo, bajo las encinas, detrás del cobertizo, pero él no aparecía. Esperé un rato por si acaso hubiese ido a beber al arroyo, aunque pensaba que ello no podía ser dado que siempre íbamos juntos los dos. No llegaba, no sabía que hacer, cuando a lo lejos, a la altura de donde estaba la placita de tientas, vi salir humo. Un vuelco dio mi corazón sin saber el porqué. Subí a la bicicleta y sin preocuparme de buscar veredas más cómodas para las ruedas, me dirigí a dicho lugar.



Bajo las encinas

En el mismo instante que yo llegaba, dos de los vaqueros tenían sujetado a Bienvenido y al tiempo que le obligaban a tener su cabeza hacia el lado izquierdo, lo tumbaban. Una vez en el suelo, mi padre, con uno de los viejos y desgastados hierros que estaban sobre la brasa del fuego, lo colocó sobre la nalga derecha de "Bienvenido". Parecía como si dicho hierro caliente lo hubiesen puesto en mi cuerpo; me estremecí cuando sentí el lastimero bramido de dolor que dio el becerro. Pero no se había acabado todavía, porque en el costillar del mismo lado, mi padre colocó dos hierros más de los que resultó formarse el número 19. Después le pusieron sobre las zonas un líquido y lo soltaron. No pude hacer nada más que llorar para liberarme de la rabia que me produjo el que mi padre hiciera daño al becerro. Ya no tenía ganas de volver bajo las encinas, no podría nunca explicarle a "Bienvenido" que mi padre había sido el causante de su dolor.

Me marché a casa y madre notó mi desánimo. Me preguntó si me había ocurrido algo, contestándole que no, pero ella insistía porque me conocía sobradamente. Menos mal que se lo conté, porque madre me aclaró que aquello se hacía todos los años con los becerros que nacían, se llamaba el "herradero", era como darle nombre y apellidos, grabándole el hierro de la ganadería y el número de la camada. Me quedé un poco más tranquilo y cuando llegó padre a almorzar, le pregunté algo más sobre lo que madre me había contado, diciéndome que a mi cárdeno becerro le habían puesto de nombre "Bienvenido", con el número 19 que era el que le correspondía, dándole un corte en el rabo para que las cerdas de su terminación tuvieran fuerza e igualdad, por que ello le daría belleza como toro. Me di más prisa que nunca en terminar con el almuerzo y con una manzana en la mano, subí a la bicicleta y fui en busca de "Bienvenido".

Necesitaba contarle todo lo que padre y madre me habían dicho para que lo comprendiera y se quedase tranquilo. Lo encontré en las aguas del arroyo, en soledad, donde se había refugiado, herido en su amor propio, dolido al haberse visto privado de la libertad que el campo, en toda su dehesa, le otorgaba. Me acerqué a él, lo mimé, le pasé la mano por el morrillo, lo miré a los ojos y nos fuimos bajo las encinas de nuestra vida.

Allí le explique cuánto madre y padre me habían contado, y la coincidencia sobre el número que le habían puesto en el costillar, el mismo que yo tenía en la clase, el 19. Siguieron pasando los días y los meses. Bienvenido estaba creciendo junto a mí. De nuevo llegó la primavera, el campo tenía un color maravilloso, el canto de los pájaros era totalmente distinto al resto del año, más hermoso y suave, las aguas del arroyo bajaban abundantes, claras y transparentes. Cuando estaba tendido sobre la fresca hierba, junto a Bienvenido, noté que en sus pitones había salido un aro, era la señal de que había cumplido un año. Ya si me interesaba la vida de los toros y todos los días le preguntaba algo nuevo a padre. Mi becerro cárdeno había dejado de ser becerro, como añojo ya corneaba ala tierra, cegando con los pequeños cuernos blandos cepellones de fresca y verde hierba, para terminar rascándose en el tronco de nuestras encinas.

Los meses transcurrían al igual que las estaciones, aunque a Bienvenido y a mí las que más nos gustaba era la primavera y el otoño. El invierno nos ponía triste porque eran muchos los días que no podíamos andar por la dehesa debido a la lluvia y al frío; en el verano, el campo estaba totalmente desnudo y con mal color, al tiempo que las aguas del arroyo eran escasas. En cambio, la primavera y el otoño nos permitía disfrutar del campo, del rojo color de las amapolas, del morado de los lirios, entre el verdor de la hierba fresca, de las abundantes aguas que traía el arroyo.

En los cuernos de Bienvenido quedaban impresos, por la propia naturaleza de su vida los años que tenía. Así aparecieron dos anillos en la mazorca y tres en la cepa, cuando tuvo dos y tres años. Se estaba haciendo un hermoso toro, con cuajo, con trapío, incluso pienso algunas veces que él lo sabía, al verse reflejado en el espejo de las aguas del arroyo; de dicha hermosura también se percataron las vacas en celo de la ganadería, las que, con sus bramidos, como gritos de amor lanzados al viento, llamaban al señor de la dehesa, aunque por causas que no comprendía, se veía privado de acudir a sus citas, por estar reservadas aquellas a otro señor que no era Bienvenido.

Cuando en alguna ocasión acompañaba a D. Joaquín y a mi padre, en el flamante todo terreno que había comprado el señorito, a dar una vuelta por la dehesa para ver los toros, siempre tenían palabras de elogio para Bienvenido.

- Como salga bravo y noble, con la casta que tiene, este puede ser un gran toro Don Joaquín-, decía mi padre cuando veían a Bienvenido.

Uno de los días que me dirigía para las encinas, donde seguro me estaría esperando Bienvenido, de una de las vaguadas cercanas al arroyo brotaba al aire una polvareda y un ruido incesante de golpes secos. Me acerqué un poco asustado y pude ver como Bienvenido estaba peleándose con otro toro de la ganadería. Fue una lucha tremenda, un combate en el que parecía estaba en juego la autoridad de alguno de ellos, se empujaban con la cabeza y se corneaban, aunque las cornadas, por suerte, solo cortaban el viento; al poco tiempo el otro toro se retiró dando bramidos de impotencia, mientras que Bienvenido erguía su cabeza y figura, mostrando el orgullo de haber vencido, o quizás, su altivez y vanidad, ante la mirada de las vacas que habían presenciado desde no muy lejos la pelea. No me quedaba duda, se estaba haciendo un toro, el color del pelo cárdeno realzaba su estampa, sus cuernos habían crecido considerablemente, finos como agujas -padre siempre dijo que sería "astifino"-, proclamándose señor de la dehesa.

Pero toda mi vida se derrumbó en un instante, cuando al llegar la mañana de aquel 21 de Julio, de un verano que nunca me gustó, me dijeron padre y madre que Bienvenido había sido vendido por Don Joaquín, para una corrida concurso a celebrar en la Plaza de Toros del Puerto de Santa María, la festividad de Santiago Apóstol. Lloré amargamente, me sentía tan impotente como Bienvenido el día que fue herrado, preso de la propia libertad que gozaba. Madre intentó consolarme, no había palabras que consiguiera quitar mi desconsuelo, pues sabía el final que esperaba a Bienvenido, vendida su carne en cualquier puesto del mercado, y como mucho, su cabeza disecada, como trofeo colocada en el espacioso salón del cortijo de un famoso torero, o lo que para mi sería mucho peor, en el salón del cortijo de D. Joaquín, al que, de ser así, prometí no volvería a entrar más en mi vida. Cuando más sumido estaba en el llanto y en la tristeza, padre intentó aliviarlos con un rayo de esperanza, al decirme que si el comportamiento de Bienvenido en la corrida merecía el indulto del jurado, le perdonarían su vida y podría volver al campo donde vio su vida.

No me quedaba más que esperar al día de la corrida. Le pedía a la Virgen por su vida. Por medio de madre conseguí que padre me prometiera llevarme con él a la corrida. Al principio puso algunos reparos, pero madre le convenció. Llegó el día de Santiago, madre me puso la camisa de mangas cortas, cuadritos celeste y blanco con el pantalón vaquero y las zapatillas de deportes, quizás en su intento de que me sintiera más cómodo

al ser la ropa que más me gustaba y roció mi cabello con unas gotas de colonia refrescante. Subí en el todo terreno que padre conducía, toda vez que Don Joaquín se había ido desde su casa en Jerez, directamente a la plaza de toros del Puerto de Santa María. Yo había visto anteriormente con padre algunas corridas de toros, pero aquella tenía un sello especial. Una vez que me dejó en uno de los asientos del tendido alto de sol y sombra, padre se marchó al burladero que tenía reservado junto con los mayorales de las otras ganaderías.

No me llamó la atención el gran número de personas que llenaban la plaza, ni el colorido de la misma, ni las guapas mujeres, ni... porque todo cuanto ocurría pasaba deprisa, muy deprisa, sin que pudiera hacer nada por detener el reloj del tiempo para que nunca saliera Bienvenido por las puertas del chiquero.

Pero el tiempo seguía pasando, uno a uno fueron arrastrados por las enjaezadas mulillas gaditanas los cinco toros anteriores a Bienvenido. Había llegado el momento que nunca había deseado. Sonaron timbales y clarines, el nombre junto al peso, anunciado en la tabilla situada encima de los chiqueros, "Bienvenido", número 19, 519 kilos. Por un momento recordé que se volvía a repetir el número 19 en las dos últimas cifras de su peso.

Cerré mis manos sudorosas al mismo tiempo que los ojos, abriéndolos cuando sentí un murmullo de admiración en los espectadores al saltar "Bienvenido" sobre el amarillo albero. Todos quedaron prendados de su trapío, de sus astifinos pitones, de la cuna que formaban estos, con los que casi rompe los burladeros cuando remató sobre ellos.

El sudor de las manos se extendió por todo mi cuerpo, mucho más cuando el torero, vestido de grana y oro, capote en las manos llamó a "Bienvenido". Este acudió presto, embistiendo desde lejos a la cita del torero, mientras la gente aplaudía, no sé yo si al toro o al torero, o al conjunto de la armonía que sobre el albero estaba produciéndose.

Sonaron los clarines y por la puerta de caballos salieron dos "percherones" forrados hasta los ojos, sobre los que me parecieron estaban subidos "guerreros" con armaduras y lanzas, en lugar de picadores.

Ante uno de ellos, lejos, muy lejos, colocaron a Bienvenido, quién cuando el picador hizo sonar el estribo de la cabalgadura, arremetió contra él, por derecho, a fondo, empujando con fuerza al tiempo que metía los riñones, sin mover la cabeza a pesar de saberse herido fuertemente. Sonaron clamorosas ovaciones, mientras que el torero acudía a quitar al toro del caballo. Ello se repitió hasta tres veces más; la gente comentaba con elogios y piropos el comportamiento del toro, y cuando se escucharon nuevamente los clarines, las palmas por buleñas silenciaron el palpitante de mi alterado corazón.

Tras las banderillas, el torero, con lentitud parsimoniosa, se dirigió al centro del anillo, y desde allí, con la montera en la mano brindó la muerte de Bienvenido. Aquello abrió de par en par mi corazón, no podía ni quería entender que se pudiera brindar la muerte de algo tan maravilloso, aunque yo en el fondo supiera mucho más de todo aquello que, en aquel instante, no quería saber.

Allí mismo, con la muleta color rojo de sangre en la mano derecha, llamó a Bienvenido. Este se arrancó con alegría, bajando la cabeza tanto que rozaba el amarillo

albero con el hocico, una y otra vez, pasando lenta y armoniosamente, sin cornear en ningún momento, entregándose plenamente a la llamada del torero. La plaza se puso en pie, siguiendo el discurrir de la faena en dicha posición, era una locura colectiva. Yo buscaba con la mirada a mi padre pero no le encontraba, ¿a quién podía preguntarle si perdonarían o no la vida de Bienvenido? Pero no necesité hacerlo, porque de pronto, cuando toro y torero se encontraban en el mismo centro del redondel, la gente comenzó a gritar "indulto, indulto...".

Mi corazón latía rápidamente, pero esta vez era de alegría y esperanza, entremezclada de la angustia por saber que iba a ocurrir. Al poco tiempo desapareció la opresión que sentía, pues le habían perdonado la vida. Bienvenido volvería, tal como me dijo padre, a la dehesa. Yo me quedé sentado sin poder moverme, mientras que a Bienvenido se lo llevaban a los chiqueros nuevamente. El torero paseaba su triunfo y yo por dentro el mío. Al rato, padre me llamó desde el burladero donde estaba hablando con Don Joaquín y otros señores que yo no conocía. Bajé por los asientos ya despoblados del tendido y llegué donde estaba padre. Me abrazó y las lágrimas que desprendían sus ojos se unieron a las mías, ambas de alegría por Bienvenido y las suyas también por mí.

Cuando le pregunté por "mi toro", me dijo que lo estaban curando y que al día siguiente se lo llevarían para la ganadería, donde yo podría ayudarle a seguir curándolo. Todo había terminado, mi toro pronto se pondría bien, y ahora sí que sería señor y dueño de la dehesa y de sus vacas.

El ruido de la puerta del cobertizo, al moverla el aire me despertó alterado, y fijando mis ojos por entre la rendija de la pared, pude ver como el becerro que acababa de parir hacía unas horas la vaca Bienvenida, seguía dormido bajo la tierna mirada de su madre, dándome cuenta que todo había sido un sueño con luces y sombras, relajando mi alterado corazón, la alegría de lo que mis ojos estaban contemplando, bajo las encinas que había detrás del cobertizo.

&&&&&&

Quien haya tenido la suerte de no dejar nunca su tierra, no sabe valorar esa suerte... ni a su tierra. Como he dicho en la motivación, fue mi marcha de Écija, la que me hizo comprender mucho más lo que significa salir de tu tierra, aunque mi marcha no fuese como de tantos otros, angustiada por la necesidad, pero ello no fue óbice para que recordara lo mucho que dejaba atrás, aflorando en mí, no sólo recuerdos de mi niñez, sino la belleza de la tierra que dejaba y a la que no sabía, en aquel entonces, si tendría la suerte de volver o no. Por ello, esos recuerdos y cariño, quedaron encajados dentro de mis sentimientos poéticos.

AQUELLA NUESTRA NIÑEZ

Te acuerdas cuando jugábamos en la calle
sin obligaciones que hacer,
tiempos muy felices aquellos de nuestra niñez,
dulzura, ojos azules y mucha candidez
la de aquella pequeña morena
que asustábamos con el gato de Don Manuel.

Tirachinas de goma dura,
pelotas de cartón y papel,
las niñas jugaban con sus peponas
y nosotros, los niños, al correr,
subiéndonos a un alto árbol
para un gorrión capturar,
al que, después de tanto esfuerzo
lo dejábamos en libertad.

Niños de otros barrios
al nuestro venían a incordiar,
cuantas carreras recuerdo
para dejar de cobrar.

Nos gustaba la primavera
para coger flores del jardín,
cuando el portero salía
por los recados de don Joaquín.

Su casa, palacio era y
por las tapias conseguíamos entrar,
hasta que la señora portera
puso el perro a vigilar.

Que gracia lo ocurrido una mañana,
como el feo perro no se iba
la cartera le tuve que tirar
cambiando su mordisco de lugar.

Eran años de inocencia y felicidad,
sin obligaciones ni maldad,
fueron tiempos muy felices
aquellos de nuestra primera edad.

RECUERDOS

Cierro los ojos y veo mi barrio
con paredes blancas de pura cal,
macetas de claveles en las rejas
con sus aromas en lid con el rosal.

Noches claras y calurosas
en sillas de aneas y madera,
tertulias, sueños y cantes
con agua fresca de primavera.

Todas las mañanas, al amanecer,
la calle una mujer barría
saludando al panadero
y al jornalero cuando partía.

Aquel cine de verano
era todo un placer,
al que familias enteras acudían
para olvidar su pobre quehacer.

Se casó la vecina de frente
y todo el barrio pudo celebrar,
lo que fue una boda
tras muchos años de portal.

Olores de jazmines,
olores de azahar,
con la fragancia de la dama de noche
que la abuela supo cuidar.

No había ricos, ni comodidad
en mis calles de blanca cal,
las madres lavaban en la pila
y tendían la ropa en el corral.

Siento nostalgia de mi barrio
por el que me gusta volver a andar,
viendo a las macetas con claveles
en hermosa lid con el rosal.

AÑORANZAS DE MI TIERRA

Te siento pero no te veo,
te oigo pero no te tengo,
tan cerca, pero tan lejos,
quiero tenerte y no puedo.

Recuerdo que mi niñez
contigo la pasé,
en mi adolescencia marché
y deseo volver en mi vejez.

Mi cara aún sigue marcada
por los surcos, de las lágrimas que lloré,
cuando de ti, tierra mía,
un día ya lejano me separé.

Quiero volver a tu lado
para sentir tus cantes en mí,
sujetándome a tus brazos amados
que me impidan volver a partir.

Porque en ti tierra mía
quiero yo un día morir,
por ser tu la tierra
donde yo un día nací.

Fiesta en el salón

Entre perfumes de azahar
 que los naranjos desprendían,
 con luceros y estrellas por techo,
 en noche de primavera sucedía
 que celebraron las torres ecijanas
 una fiesta por bulerías.

San Pablo, que fue testigo,
 lo contaba ante las caras sorprendidas
 de los Santos de la Gloria
 que escuchaban con alegría.

Trajes de cola llevaban,
 color verde en esperanza de día,
 con volantes blanqueados
 por rayos de luna en melodía,
 al pelo, peinetas nacaradas,
 zapatos de tacones altos
 y enaguas almidonadas,
 con pendientes de aro
 en caras agitanadas.

Por bulerías bailaban
 San Gil con El Carmen
 y Santiago con Santa María,
 doblaba las palmas San Juan,
 al cante, La Victoria con alegría,
 Santa Cruz con arte gitano
 llevaba el compás,
 mientras la guitarra tocaban
 dos hermanas Gemelas sin igual.
 Junto a ellas Santa Ana,
 testigo de verbenas y velás,
 que había llegado del Puente
 jaleaba a las demás,
 al tiempo que Santa Bárbara
 por su ausencia obligada,
 lloraba desde su plaza,
 por no poder bailar.

Todas son Hijas del Valle,
 nacidas en cunas cristinas
 con cuerpos enladrillados,
 que por ojos y bocas
 tienen campanas.

Campanas fundidas en bronce
de fraguas ecijanas,
que en el tablao del Salón
por bulerías bailaban
con sones de campanas bronzeadas
por esta tierra que el Genil baña,
donde me tienen a mi
por Patrón y causa,
curtidas por el Sol
que Dios les manda
en el Valle de su Madre amada,
valle, donde las torres
cantaban y bailaban
en el tablao del Salón
por bulerías soñadas.

ORGULLO DEL VALLE

Las torres de mi pueblo, once son,
repicando sus campanas al cielo
con sones bronceados por el sol
de once torres hechas con amor,
posadas de blancas cigüeñas
que en mis once torres anidan,
haciéndolo también en las espadañas
para que éstas no se sientan heridas.

Once torres son, once torres
de un pueblo sin igual,
que fue un día reino moro
conquistado por la cristiandad.

Quien pudiera ser campana
para con su son al mundo cantar
que once torres hermanas
en mi pueblo puede contemplar.

En cada una un estilo,
en cada una un altar,
once torres sobre templos
donde poder con Dios hablar,
once torres astigitanas
que fueron un día sede episcopal,
once torres cristianas
donde poderle a Dios rezar,
con nombre de Virgen en algunas
y de Santos en las demás,
once torres ecijanas
de un pueblo sin igual.

De mis creencias...

Mis advocaciones religiosas, cofrades y marianas, las promesas en pago de peticiones, dentro de mi fe y creencia cristiana, desde que me la inculcaron mis progenitores y que yo, en la adolescencia y madurez, acepté libre y plenamente, participando activamente en ellas, me ha hecho escribir y hablar, privada y públicamente, sobre todo ello, por lo que no podía dejar de expresar esos sentimientos, una vez más.

POR LA MARISMA

Duro era el camino,
mucho el trecho por andar,
viendo al buen rociero
detrás de la carreta rezar,
soportando el duro sol
y sintiendo frío al despertar,
pero cuando levanta su mirada
ve que Ella allí está

Viento, agua, noche y día,
ya le queda menos camino
en su cristiano peregrinar,
apretándola contra el pecho
siente sus golpes al andar,
con muchas ganas Rocío
de poder a tu Aldea llegar,
donde poder besarte, bailar y cantar
por ese favor que le hiciste
cuando le salvaste de aquel mal.

Cuando llegó la noche esperada
en la Aldea no cabían más,
pero Tu, Madre, con tu grandeza,
a todos dejaste entrar,
derramando llantos de alegría
cuando te consiguen tocar,
aunque dentro les quede la pena
al verte de su casa marchar.

Volverá de nuevo al camino,
volverá de nuevo a andar,
pero dejará siempre su mirada
clavada en tu hermoso altar,
cantándote con oraciones
por las marismas de mar,
a las que, por su promesa, volverá
para cantarte y rezar.

ORACION

El camino no tiene rumbo
en este mundo cruel,
donde no son fijos los horizontes
y van sacándote la piel.

Se han perdido los sentimientos,
pocos quedan ya con piedad,
siendo muchos los aposentos
con alarde de vanidad,
donde olvidamos amistades,
juzgamos con facilidad,
anteponemos los intereses
y criticamos con maldad.

A la vida no le damos valor
con pocos en solidaridad,
siendo muchos los actos de dolor
y menos los de felicidad,
siendo Tu, mi Dios, el único refugio
de este mundo desleal,
que, por olvidar,
olvidó, hasta orar,
y solo clamamos en rezos
cuando vemos sombras oscuras
de guadañas y sucesos
sobre cabezas impuras.

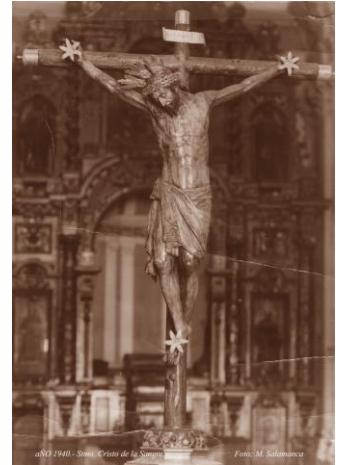
Tu lluvia de humildad
te pido que derrames,
para que las gotas de amor
corten guerras, egoísmos y desmanes,
implorándote Padre Nuestro
que seas una vez más benevolente
con este mundo cruel
que dice seguirte... de forma indolente.

EN PAGO DE UNA PROMESA (Al Señor y Cristo de la Sangre),

Jueves Santo del año 2006.
Para y por mi nieto Sergio Castilla Freire.

Llegó el Jueves Santo y, un año más,
estoy bajo sus trabajadoras
cumpliendo la promesa
por aquellos favores que yo le pidiera,
como Señor de la Sangre,
ante el que mi padre me trajo
al poco tiempo que yo naciera,
viéndole por vez primera,
coronado de espinas y clavados
sus pies y manos por tres
dolorosas azucenas,
y, con el paso del tiempo,
como Cristo de la Sangre,
fue Señor para mis hermanos
y mis hijos, desde que a la vida El los trajera.

Hoy, Jueves Santo de Sangre y Dolor,
Cristo y Señor, yo quiero que sepas:
Que estoy bajo tus trabajaderas,
cumpliendo la promesa que te hice
al enterarme de la buena nueva,
por el bendito hijo que a mi hija,
Tu le dieras; en definitiva,
dándote las gracias por ese hermoso nieto,
que Tu quisiste que naciera,
y que ha florecido en nuestra familia
como la más hermosa flor de primavera,
al que hoy yo quiero presentarte,
-con su túnica colorada y capa blanca-,
en este Jueves Santo por vez primera,
igual que conmigo, y yo, con mis hijos
también lo hiciera,
pidiéndote que lo cuides y protejas,
por ser sangre de Tu Sangre
y Dolor de Tu madre bendita y buena.



aÑO 1940 - Señor Cristo de la Sangre Foto: M. Salamanca

GRACIAS, SANTA ANGELA

75

A mi nieto Jesús Castilla Freire
Noviembre 2010.

Juntos todos, esperábamos tu llegada,
El día que elegiste, San Juan se celebraba.
Sufrimos en silencio y yo rezaba a Santa Ángela.
Un día tras otro, nueva promesa echaba,
Solicitando que su bendición te cuidara.

Cuando nos avisaron de que ya llegabas
A Sevilla, donde vivió Sor Ángela,
Salimos a tu encuentro con esperanza.
Te vimos tan pequeño y tan bonito que
Inundaste de alegría nuestras almas,
Las que durante nueve meses
Lucharon contra las dudas y las alarmas
Ante las noticias que de tu salud nos daban.



Finalmente quiso Santa Ángela
Respondernos a las súplicas solicitadas
En pago de los rezos y promesas elevadas,
Iniciando tu vida junto a tu familia ecijana
Registrándote con el nombre de Jesús, por
El que dio la vida en la Cruz, espejo de Santa Ángela.

Llegó el día que habíamos soñado desde aquella tarde, dos meses atrás, que iniciamos los ensayos bajo las trabajaderas de una vieja mesa de paso, a la que habíamos incorporado un viejo casete desde el que escuchábamos las marchas procesionales, que a sus soñadas, nos hacían, no sólo cogernos en el paso y el compás, sino que nos permitía lucirnos con algunas mecidas que eran del gusto de todos.

El grupo del que formaba parte era variopinto. Algunos se habían incorporado por vez primera y aquellos que ya teníamos cierta antigüedad, nos veíamos en la obligación de hacerle algunas indicaciones, lo que redundaría en una imaginaria perfección, que pretendíamos saliera a relucir el día señalado, día, que, año tras año, a pesar de repetirlo, nunca era igual, incluso en sus sentimientos, porque estos variaban según el estado de ánimo que la vida te deparaba en el devenir diario.

El motivo que a cada uno le impulsaba calzarse las zapatillas, apretarse la faja y acomodarse el costal, aparte de la devoción cofradiera en la que habíamos nacido y nos habían educado -que todos cuantos formaban aquella cuadrilla habíamos aceptado voluntariamente-, era desconocido, puesto que a nadie se le ocurría preguntar el por qué de aquella decisión devocional penitencial, un año más.

Conociéndonos como nos conocíamos, de algunos, podíamos imaginar el motivo de la penitencia, porque sabíamos lo que había ocurrido con o alrededor de él, pero ello era lo de menos, lo importante es que, un año más, estábamos prestos para iniciar un recorrido sin igual, bajo las trabajaderas del que considerábamos nuestra luz y guía, aunque en muchos fuera esa la única manera de expresar su fe y devoción, sin tener en cuenta que, a lo largo de todo un año, quizás no habíamos cumplido, siquiera de forma testimonial, con los mandatos del que ahora llevábamos sobre nuestros hombros y parecía que lo queríamos y seguíamos más que ninguna otra persona en el orbe, que no fuera su costalero.

Pero aquel día soñado, fue el destinado por Él, para recibir una lección que nunca olvidé a partir de su ocurrencia. Ya teníamos todos las zapatillas bien anudadas, la faja bien apretada y el costal hecho perfectamente para que, a lo largo del recorrido, no se deshiciera. Solo faltaba escuchar la ronca voz del viejo capataz llamando a los pateros traseros para que, todos, en una levantada armoniosa y conjunta, elevar el paso hacia los cielos desde donde Dios padre contemplaría la Cruz que, con la muerte de su Hijo, nos regaló para nuestra salvación. Cuando el paso estaba totalmente igualado y sobre los hombros de nosotros, sus ilusionados costaleros; cuando la tranquilidad de que la salida había sido la soñada; cuando la ilusión de estar en la calle un año más, borró los nervios, que se quedaron hasta la vuelta flotando en el aire de la plaza, entremezclándose con el azahar de sus naranjos; cuando todo eso había ocurrido, mi vista, a través del respiradero, quedó fija en la imagen de un hombre y una mujer, a los que había visto antes en el interior del templo sin intercambiar palabra alguna con otras personas, quienes cuando iniciamos nuestro peregrinar cofradiero, portando una delgada vela en una mano y en la otra un viejo rosario, se situaron detrás del propio paso, tan cerca, que en más de una levantá, recibieron las gotas de cera que blandecidas, saltaban desde los faroles que alumbraban la imagen de Aquel que habíamos hecho nuestra devoción.

Entre chicotá y chicotá, no dejaba de pensar en aquellos silenciosos acompañantes, no muy mayores, porque sus rostros me resultaban conocidos. Fue en mitad del

recorrido, cuando la tranquilidad de llevar unas horas en el devenir había hecho asiento en el cuerpo, el momento en que reconocí a aquel hombre y aquella mujer. Un crujido de emoción e incertidumbre me sacudió todo el cuerpo. Una pregunta tras otra me hacía aceleradamente y no encontraba respuesta alguna. Cómo era posible que aquel matrimonio, que tres meses antes habían perdido al único hijo que tenían, cuando este no había cumplido todavía los veintitrés años, por culpa de esa peste que nos asola, como es la droga, estuviesen llenos de fe detrás del que entregó su vida por nosotros, cuando El no les había escuchado en las tantas y tantas peticiones y promesas que le habían realizado y ofrecido. No lo entendía cada vez que les miraba a través del respiradero, cómo podían seguir caminando, portando iluminada aquella pequeña vela de cera y rezando con las cuentas del rosario, detrás del Crucificado, con sus rostros envejecidos por la huella de tan tamaña pena, cuando ellos habían quedado crucificados para toda su vida con la muerte de lo que más querían.

Intentaba encontrar una explicación lógica y yo mismo respondía a mis incertidumbres. Están dando gracias, pero gracias por qué, si no habían recibido lo que pidieron; yo mismo me revelaba contra mis respuestas. Gracias además, eso era imposible; yo sabía que, como padres, habían sido, durante varios años, costaleros de la desesperanza y del desvelo, de la ignorancia y del propio rechazo que a su hijo le había hecho la sociedad a la que pertenecía, de la crueldad y del desamor que el hijo amado les había tenido, cuando el mismo estaba inmerso en ese maldito mundo que de la fugaz euforia lo llevaba a la permanente decadencia física y psíquica. No encontraba explicación alguna, y veía que la necesitaba de forma inmediata, porque notaba que mi fe y mis creencias ilusionadas podían verse alteradas. Sin querer, me olvidé de lo que aquella tarde me había llevado a calzarme las zapatillas, apretarme la faja y acomodarme el costal, para pedirle a Aquel que llevaba sobre mis hombros, me iluminase con su luz de la comprensión a todo lo que me preguntaba.

Tardó en llegar más de lo que deseaba, pero llegó la respuesta a mis innumerables preguntas. En una de las ocasiones que les seguía mirando a través del respiradero y sin saber quién había provocado aquel silencio tan silencioso, que me permitió escuchar lo que salía de los labios de aquellos costaleros anónimos, me contestaron las preguntas que me estaba haciendo. Aquel matrimonio, que en sus rostros llevaban marcadas las huellas de la pesada pena por lo mucho que perdieron, iba rezando el rosario y pidiendo por todos los costaleros desconocidos que, sin zapatillas, sin faja ni costal, a diario, soportan la cruz y el dolor de la insolidaridad, de las guerras, de los maltratos, de las vejaciones, que se acabara el sufrimiento de los niños abandonados y de los mayores olvidados, de los que se encuentran enfermos y postrados en el lecho del dolor, de los que viven bajo los efectos de la droga o del alcohol, en definitiva, pedían para tantos y tantos crucificados sin cruz y con dolor, para tantas y tantas vírgenes sin corona que nos rodean, quienes sin querer, se han visto cautivos, azotados, coronados y crucificados por los dolores de tantas atrocidades.

Ante ello, me di cuenta que mi penitencia era nimia junto con la que hacían mis compañeros de viaje. Me di cuenta que eran muchos los costaleros que día a día realizan, desde el amanecer hasta la puesta de sol, auténticas chicotás de sacrificio y dolor, sin acompañamiento alguno de marchas procesionales ni aplausos, teniendo como único acompañante en el camino a la pesada pena dolorosa por cuanto les está ocurriendo. El y ella, ese matrimonio que rezaban por los demás, quienes a pesar de la pena que les embargaba no pedían nada para ellos, eran los auténticos costaleros de aquel día de

← Semana Santa, porque me estaban enseñando la verdadera realidad del testimonio que dejó el que yo llevaba sobre mis hombros y al que me di cuenta, solamente lo conocía desde la frialdad que desde los libros y la tradición me habían hecho llegar.

Lo de menos fue el resto del recorrido procesional. No tenía importancia alguna para mí, si me sentía más o menos cansado, si la entrada en el templo iba a ser más o menos esplendorosa, porque lo que de verdad estaba recibiendo, era una auténtica lección de entrega hacia los demás.

Llegamos a la puerta, entramos al templo, el paso con la imagen de quien hice mi devoción apasionada, quedó sobre los cuatro zancos posado sobre el frío suelo; abrazos y felicitaciones de todos para todos, pero mis ojos, intuitivamente, buscaron a mis acompañantes de la vela y de la pena y los encontré entre la penumbra que levemente iluminaba el templo, arrodillados ante el monumento que a la Eucaristía se había colocado en la propia iglesia. Me acerqué y me arrodillé tras ellos. A Jesús, cuerpo y sangre, le reiteraban todas y cada una de las peticiones que a lo largo del camino le habían venido haciendo al Hijo de Dios hechos Hombre, pidiéndole por un mundo mejor, donde brillara la luz de la solidaridad y del amor, de la comprensión y paz para todos.

El silencio que rodeaba el monumento eucarístico, era un silencio dulce y agradable, confortable y necesario, perdiéndome en el mismo. Lo único que recuerdo al levantarme, es que mis compañeros se habían marchado, ya no estaban delante de mí, donde los había visto arrodillarse. Me hubiese gustado darle las gracias por cuanto me habían enseñado aquella noche. Al marcharme, tuve que pasar por delante de la imagen que había llevado sobre mis hombros, mi mirada se alzó hacia El como despedida y preguntándole por aquellos costaleros de la vela y del rosario que me acompañaron en el camino, escuché que su voz me decía: Tus acompañantes, se llaman costaleros del amor.

&&&&&&

He querido dejar para el final, para que perdure en la memoria de los tiempos, un poema que escribió mi tío Pascual Freire González, espejo en el que, desde pequeño me he mirado, dedicado a mi hijo Ramón, cuando este pintó su primer cuadro, y que le dio luz en los albores del año de 1993, haciéndolo como homenaje a los dos, a mi tío y a mi hijo, quien precisamente, hoy, como Dr. Bellas Artes, imparte clases en la Facultad de Cuenca, Universidad Castilla La Mancha, y que ha colaborado, a pesar de la gran tarea que tiene, con tres ilustraciones que se encuentran en el interior de este libro, con ese gran amor que me tiene, por lo que conste mi agradecimiento.

A UN PEQUEÑO GRAN PINTOR

(*Ramón J. Freire Santa Cruz*)

Sobrino, niño pintor,
el pincel y la paleta
son instrumentos de un arte,
arte que solo da Dios
a los que, como tú, plasman
sobre un lienzo de ilusión
las bellezas de la vida,
con la forma o el color.

Pero por ser solo Él,
el que concede ese don,
más que pintar con la mente,
pinta con el corazón.

Que tu pintura transmita
sensibilidad, pasión;
que la fuerza de tus trazos
revelen luz y calor,
como Écija la llana
bajo los rayos del sol.

Que nuestra Virgen del Valle
alumbre con claridad,
esa hermosa vocación,
te lo dice con poesía,
tu tío Pascual, con amor.

Sevilla, Enero de 1.993.

Igualmente, como homenaje a la calle Zamorano donde nací, y que nunca olvido, acompañó un pequeño poema que por los años 1960 dejó escrito Paquita Gómez, dedicado a dicha calle, que fue de una realidad palpable, y con mi eterno agradecimiento a la misma que estará viéndome desde los sillones de la gloria.

No hay calle tan importante
Como la de Zamorano,
Donde no existe el racismo
Entre payos y gitanos.
Allí todos se conocen
Y se quieren como hermanos.

Existen buenos poetas
Como Torres y Rivero,
Cantaores tan famosos,
Como El Toto y el Clavero,
Y para tener de todo,
Tiene hasta marqueses y toreros.

¡Viva Écija, mi pueblo,
Y vivan los ecijanos
Y al que por suerte ha nació
En la calle Zamorano!

Y como colofón a mis sentimientos, decir que en el mes de Noviembre de 2018, concretamente el día 29, nació mi último nieto. Quizás será al que menos tiempo le podré dedicar, dada mi edad, y de jugar con él, pero algo intentaré aunque algún hueso de mi sexagenario cuerpo se resienta; nada más nacer, lo hice hermano de la Hermandad del Cristo de la Sangre y socio del Sevilla F.C., devociones cristianas y sentimientos futbolísticos, que casi todos en mi familia (digo casi todos en lo futbolísticos) hemos recibido por herencia familiar, y a él, para cuando sea mayor y tenga interés en leerlo, le digo:

A mi nieto Ignacio.
Écija, 29 de Noviembre de 2018.

Con once torres de testigo
Viniste a la ciudad del sol,
Donde te esperábamos
Para darte nuestro amor.

Todos en el nuevo hospital
Con estampas y cruces,
Deseando que viera la luz
Del sol que más reluce.

A las cinco de la tarde
Fue la hora que elegiste,
Antes que llegara la noche,
Con nosotros estuviste.

Viéndote tan hermoso
Solo faltaba ponerte nombre,
Decidieron llamarte Ignacio,
-Como el santo de Loyola-,
Al que le pido tu protección,
Para que te guie por un camino
de solidaridad, amor e ilusión.



Biografía del autor:

Ramón Freire Gálvez, nace el 30 de Junio de 1952, en la Ciudad de Écija (Sevilla). Cursa sus estudios primarios en el Colegio Salesiano de Nuestra Señora del Carmen de su Ciudad natal, examinándose de la prueba de ingreso en Osuna, para iniciar y terminar el Bachillerato en el Instituto *“Luis Vélez de Guevara”* de la citada Ciudad astigitana. Funcionario por oposición, fue premiado por su trabajo titulado: *“La Inmaculada Concepción”*, convocado por el Regimiento de Infantería *“Melilla 52”* de Málaga, durante la prestación de su Servicio Militar. Ganador del accésit en los Juegos Florales de 1989 y 1991, convocados por la Real Academia de Bellas Artes, Buenas Letras y Ciencias *“Luis Vélez de Guevara”* de Écija, por sus obras: *“Las cigüeñas de las torres ecijanas vieron llegar el tren”* y *“Sueño en el Valle”*, respectivamente. Ha sido pregonero de la Semana Santa de Écija en 1990; de la I Exaltación a la Virgen del Valle (Patrona de Écija) en 1993; de la Semana Santa de Fuentes de Andalucía en 1994; de la Hermandad de la Virgen del Rocío de Écija y de Mairena del Aljarafe (Sevilla) en 1997 y 1998 respectivamente; pregonero del Carnaval ecijano en 1994, de la I Exaltación a la Cruz en Écija, año de 2009. Uno de los siete oradores en el II Pregón de las Siete Palabras, celebrado en la Parroquia de San Gil, Marzo de 2012.

Desde 1982 a 1992 ostentó el cargo de Hermano Mayor en la Hermandad del Santísimo Cristo de la Sangre y Nuestra Señora de los Dolores de Écija.

Miembro de la ejecutiva en la comisión organizadora para la Coronación Canónica de Nuestra Señora del Valle, Patrona de la Ciudad de Écija año de 1999, así como en la formada por el CL Aniversario de la Virgen de los Dolores en la Hermandad del Smo. Cristo de la Sangre, a la que pertenece desde su nacimiento.

Es autor del guión y locución de los videos realizados por la Televisión Municipal de Écija, titulados: *“María del Valle Coronada”*, *“Historia de Écija”* y *“Bosquejos”*. Autor de la letra del himno del Écija Balompié, con motivo del cincuenta aniversario de su fundación, entidad deportiva en la que colaboró como Relaciones Públicas y representante ante la Liga de Fútbol Profesional, durante la militancia del club en la 2ª División del Fútbol español.

El 28 de Febrero de 2014, el Ayuntamiento de Écija le distinguió con el título de *Ecijano del año*.

Cuenta con numerosas intervenciones en exaltaciones cofrades, tertulias y coloquios, dentro y fuera de su Ciudad natal.

Es autor de las siguientes publicaciones:

- *Fundación e Historia de la Hermandad de la Sangre (Écija)*
- *Los títulos que el pueblo concede –Apodos ecijanos (I y II parte)*
- *Siete Cortos Relatos*
- *D. Juan N. Díaz Custodio –Écija, de siglo a siglo*
- *Historias intrascendentes de un Sr. Marqués*
- *Poemario Sangre y Dolor en Jueves Santo (coautor)*
- *XXV años de la Hermandad del Rocío de Écija*
- *Bosquejo de un tenor de ópera ecijano (Fernando Valero Toledano)*



- *Diario eclesiástico, necrológico y social –Iglesia de Santa Cruz*
- De la reedición del libro *Écija, Sus Santos y su Antigüedad*
- *Ayer y hoy de las Hermandades y Cofradías ecijanas*
- *Bosquejos – Manuel Salamanca Tordesillas y José Sanjuán Ariz-Navarreta*
- *Écija, lo que perdimos y lo que no conocimos*
- *Écija en sepia*
- *El aceite de oliva ecijano Tierras del Sur*
- *Écija, la pasión según los Evangelios*
- * De la reedición del libro *Historia de Santa Florentina*.
- * *Ecijanos en Andalucía, España y el Mundo*
- * *El Cronicón Ecijano*
- * *Recordando a Juan N. Díaz Custodio*
- * *Recordando a Manuel Salamanca Tordesillas*
- * *Reedición de “Alfajores de Écija” de Manuel Ostos y Ostos*

Nota del autor.- Este libro no tiene ningún tipo de prohibición por mi parte, como autor del mismo. Quiere ello decir, que doy plena libertad para que hagan uso de su contenido, incluso sin mencionar su procedencia, pues no soy hombre de limitaciones después de todo lo que me ha dado la vida.